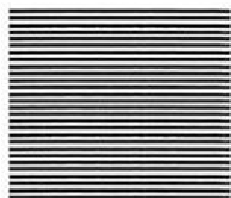
héroes del ESPACIO

NOVELAS ECSA

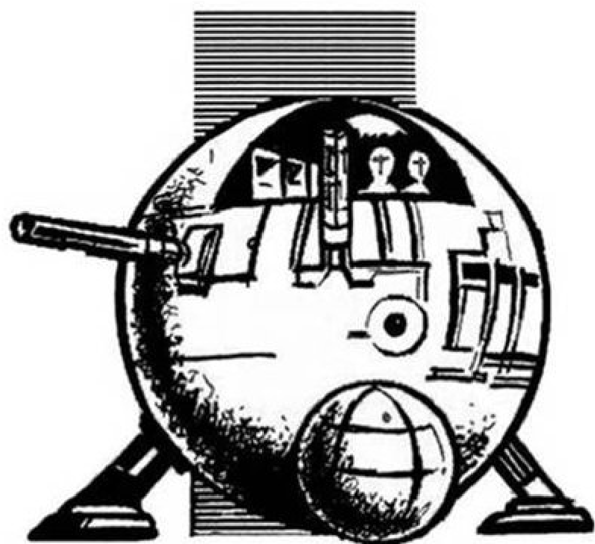
MAÑANA ES HOY

LUCKY MARTY

SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

74. - El secuestro del «Columbia», *Rocco Sarto.*
75. - Mutación crítica, *Law Space.*
76. - Alerta roja*, Elliot Dooley*.
77. -Trampa espacial, *Eric Sorenssen.*
78. - Amenaza a la tierra, *A. Thorkent.*

LUCKY MARTY

MAÑANA ES HOY

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 79
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.

AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B27.422-1981
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: octubre, 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

No hay ventaja alguna en conocer el futuro; al contrario, es doloroso atormentarse sin provecho.

CICERÓN

CAPITULO PRIMERO

Y llegó el día en el que el hombre ya estuvo dispuesto para lanzarse al hiperespacio.

¡Hacia la conquista de las estrellas!

Al menos, finalizando el año 2171, astronaves tripuladas exploraban los límites del sistema solar orbitando el último de los planetas, el lejano Plutón, que se hallaba a la considerable distancia de 7.529 millones de kilómetros de la Tierra.

Relativamente, después de poner las plantas en la Luna, todo había resultado fácil. Desde aquel histórico 20 de julio de 1969, en el que los astronautas norteamericanos Armstrong y Aldrin alunizaron en el mar de la Tranquilidad, se habían ido sucediendo las etapas para la conquista del sistema solar.

Un vasto y complicadísimo programa de más de dos siglos de duración, que había sido posible llevar a término gracias a la colaboración de todos los países inscritos en la Confederación Mundial para la Conquista del Espacio.

Al unirse las mayores potencias para este objetivo común, no sólo habían visto ampliarse sus horizontes físicos, sino también los morales. La raza humana ya no tenía por qué seguir guerreando entre sí. En la larga noche de los tiempos quedaba escrita la milenaria historia de todos los conflictos tierreros que al fin desembocaron en las dos guerras mundiales.

El posible advenimiento de la tercera, con todo el horror de las poderosas armas termonucleares, les había hecho reflexionar.

Y reflexionar muy honda y profundamente.

Ya no se trataba de que murieran cien, doscientos o mil millones de seres humanos. El problema se había planteado a escala planetaria y el sistema de las armas disuasorias se había impuesto

para evitar la catástrofe total.

A partir de este punto crucial, al llegar a este «ser o no ser», el mismo miedo aconsejó la cordura.

Pero el hombre, desde sus primeros albores, cuando lanzó sus primitivos balbuceos, ya había demostrado que era una criatura eminentemente traviesa, belicosa y agresiva.

Eliminada la guerra por su propio poder destructivo llevado al máximo, fue preciso encauzar esas represiones belicosas de la raza hacia nuevos objetivos, hacia otros combates a librar, hacia otras luchas que resultasen constructivas, que a la par sirvieran como espitas de escape de sus energías vitales.

Y la ciencia, los hombres más capaces, los más sabios, señalaron hacia el cielo. Hacia el espacio.

El Universo se mostraba con todas sus maravillas ante los ávidos ojos de la raza creadora. La tenaz lucha contra las fuerzas ciegas de la naturaleza tenía una duración de siglos. Esto era un bien en sí, pero al mismo tiempo, como todas las cosas humanas, llevaba implícito una larga serie de conflictos y errores.

Sí: el hombre estaba a punto de conquistar todo su amplísimo sistema solar.

Pero la justicia y la igualdad aún no reinaban en la Tierra.

Empeñados en aquella nueva lucha, en aquella gigantesca conquista, todas sus potencias se centraban en tal objetivo. Quizá por eso olvidaban subsanar o paliar los viejos errores que la raza venía arrastrando, durante siglos y siglos, en el orden moral. La escala de valores reales, valores morales auténticos, continuaba trastocada, apenas sin variar: un hombre continuaba siendo más por lo que tenía, que por lo que realmente valía y era.

El hombre ya era capaz de descubrir y dominar las leyes inmutables y armónicas por las que se rige el Universo; pero seguía mostrándose incapaz de encontrar las leyes equitativas por las cuales deben regirse ellos.

Sólo así podrá llegar a la expansión total de su cabal dimensión…

* * *

—En esa conquista del más allá, los 1.630 asteroides que flotan entre las órbitas de Marte y Júpiter, venían siendo las excelentes plataformas naturales para la exploración estelar.

En cada uno de estos pequeños cuerpos celestes, cuya totalidad no excede a la tercera parte de la Tierra, las estaciones espaciales se sucedían una tras otras. Las más antiguas habían sido instaladas en los asteroides Ceres y Vesta, por ser los únicos cuyos diámetros exceden de los 650 kilómetros. Apolo, Adonis, Hermes, Palas, Juno y Astrea les seguían en dimensión, bajando la escala numeral de los 1.630 asteroides hasta los que solamente tenían unos 20 kilómetros de diámetro.

Cinturón de pequeños planetas que muchos astrofísicos decían era el resultado del estallido de un desconocido planeta, que debió existir en épocas remotas, cuando la configuración del sistema solar.

Bien: todo eso correspondía al nebuloso pasado y al hombre le interesa el futuro. Por eso se esforzaba en escudriñar su futuro desde aquellas estaciones espaciales, en donde selectas colonias de destacados técnicos cumplían con su cometido de pioneros, buscando nuevos horizontes.

Patrick Wyler era uno de ellos. Pero no tenía motivos para sentirse satisfecho de su labor: en los seis meses que llevaba destinado como técnico de comunicaciones y televisión en el asteroide Ceres, sus molestos dolores de cabeza se habían acentuado de forma alarmante.

Estas neuralgias, cada día más persistentes y molestas, no k permitían demostrar su capacidad de trabajo. Su jefe, el ingeniero Henry Caine, hasta en cierta ocasión le había llamado inepto.

A Patrick Wyler tal calificativo le había molestado mucho. Hombre de pundonor y excelente especialista como demostraba su *dossier* profesional, no podía permitir que un simple ingeniero, aunque por fatalidad fuese su jefe de laboratorio, le insultase.

Si el viejo Henry Caine no era un imbécil, de sobra debía saber que Patrick Wyler había demostrado ser un genio en la electrónica. A él, precisamente, se debían los últimos adelantos instalados en las pantallas de radar y televisión, que ahora podían utilizar las más poderosas astronaves.

Era de dominio público que Patrick Wyler había sido, en los últimos años, el mayor impulsor de las nuevas técnicas televisivas. Para aquel joven ingeniero no tenían secretos las transmisiones en imagen: nuevos sistemas en color, más sencillas instalaciones y nuevos tubos de rayos catódicos de su invención, habían hecho

posible las transmisiones de las imágenes desde distancias antes imposibles de ser salvadas.

Cualquier piloto, cómodamente sentado ante los mandas de su astronave, podía iniciar el despegue desde la Tierra y ver en su pantalla el punto remoto al que se dirigía: aunque éste fuese el lejano planeta Plutón, límite del sistema solar como última meta alcanzada por el hombre.

Sin embargo, la fama de Patrick Wyler últimamente había empezado a declinar. Había sida destinado al asteroide Ceres procedente de Vesta, después de haber sido destituido de su puesto en Marte, Júpiter y la mayor estación espacial en órbita a Saturno, en una escala de descenso que amenazaba con devolverle a donde había prometido no volver jamás.

A la Tierra.

Y todo, por aquellos persistentes dolores de cabeza que no le permitían ni descansar por las noches, cuando libre de servicio, se retiraba a sus habitaciones.

Su amigo Kirk Cronyn conocía su problema y varias veces intentó abordar la conversación, viéndole hundirse en aquella apatía que poco a poco le estaba convirtiendo en un inútil. No quería permitir que Patrick Wyler, el más brillante ingeniero electrónico de la época, terminase en un taller reparando televisores de consumo público, para que la gente viera las retransmisiones de los partidos de rugby, o los programas habituales.

Patrick Wyler había sido un innovador, un genio en aquella especialidad y un hombre que aún podía dar nuevos adelantos a las transmisiones en imágenes.

Y además, era su amigo.

Su buen camarada de los tiempos de universidad, cuando ambos estudiaban juntos en California.

Por eso, tras entregar su parte diario al ingeniero jefe Henry Caine, en vez de retirarse a descansar cumplido su turno, Kirk Cronyn anunció:

—Hoy haré el servicio de Pat, señor Caine; creo que está algo cansado.

Henry Caine frunció sus delgados labios. No estaba muy satisfecho del nuevo equipo de técnicos que le habían enviado cuando allí fue destinado Patrick Wyler. Con él habían llegado el

rubio Kirk Cronyn, el alto y delgado Burgess Oates y los demás ingenieros electrónicos que habían sido remitidos desde el asteroide de Vesta.

Según Henry Caine, todos ellos habían llegado allí... ¡por inútiles! Así es que, impasible, rechazó:

—Vaya usted a descansar, Kirk. Y dígale a ese perezoso que cumpla su servicio.

Kirk Cronyn conocía las limitaciones de su jefe; un hombre amargado, quizá consciente de que ya no podría llegar más allá en sus ascensos. Por eso le comprendía, pero no estaba dispuesto a admitir que mostrase su inquina contra su amigo. Contra el joven Patrick Wyler, que había llegado a brillar con luz propia en el complicado campo de la electrónica.

—Le he dicho que Pat se encuentra mal, señor Caine —insistió.

—¡Que vaya al médico!

Henry Caine alzó una de sus huesudas manos y se apresuró a añadir:

—Cuando me traiga la baja correspondiente, claro. —Señor Caine...— ¿Qué?

—¿Me permite una indicación?

Henry Caine no apartó la vista de la gigantesca pantalla que reflejaba el intenso tráfico de las astronaves que llegaban o despegaban, aunque admitió quedamente:

—Adelante, Kirk.

—Es sobre Pat, señor... Creo que usteddebe obligarle a pasar una nueva revisión médica.

—¿Yoooo...? —arrastró el jefe del laboratorio.

—A usted le tendrá que hacer caso, señor.

—Usted es su amigo, Kirk. Puede indicárselo, ¿no?

—Lo hice, señor. Pero Pat siempre nos dice que se encuentra bien, que sólo le duele un poco la cabeza.

Con falso intento de humanizarse, dejando a otro de sus ayudantes el control de la pantalla, el ingeniero jefe Henry Caine avanzó hacia el joven peticionario y expuso:

—Verá usted, Kirk... Su amigo Pat y yo hemos tenido, desde que llegó con todos ustedes aquí, más de una discusión. Admito que, no hace mucho, Patrick Wyler demostró que casi era un genio y un hombre con mucho campo por delante.

—Hizo una estudiada pausa, antes de seguir —: Pero, ahora... ¡siento decirle que es menos que un aprendiz!

—¡Señor Caine...!

—Lo dicho, Kirk... Es como... como si todas sus geniales ideas se hubiesen evaporado. ¡No da una a derechas! El otro día, reparando un circuito de una nave... ¡lo estropeó todo! ¡Absolutamente todo!

—Me cuesta trabajo creerlo, señor Caine.

—Puede comprobarlo en los partes, Kirk. ¡Está registrado!

—Se encontraría mal, quizá cansado. Pat siempre ha sido...

—¡Ahí está! Ha sido... Pero ahora su querido amigo no puede vivir de las rentas, de lo que fue antes. Todo el mundo le conoce y le cuesta creer que, un genio como él, un creador de nuevas técnicas, haya como olvidado todo lo que con tanto esfuerzo le costó aprender.

—Pero usted mismo sabe que. Pat es...

—No, Kirk, no... ¡Ya no es nada! Fue, pero ya no lo es.

Los dos guardaron silencio, hasta que Henry Caine añadió:

—¿Por qué no admite que Pat ha debido dejar seco su cerebro?

—¿Seco, señor...?

—Eso dije, Kirk. No es tan extraño, suele ocurrir. Los médicos nos dicen que la capacidad creadora del hombre tiene un límite que, una vez rebasado hasta puede degenerar en un tonto... ¡En un inútil como él!

—¿Se refiere usted a una prematura decrepitud?

—No soy médico, Kirk. Pero si como usted me pide recurro a ellos, para que examinen a su querido amigo, él dirá que lo hago para eliminarle de este nuevo puesto.

—Pat lo necesita, señor. A veces, hasta le oímos gritar por las noches. ¡Creo que de seguir así se volverá loco!

—¡Está bien! Ordenaré que Patrick Wyler pase un nuevo examen médico.

El ingeniero jefe hizo un gesto con ambas manos, ayudándose a rechazar con sus palabras:

—Pero no quiero que luego me acuse de que, con ello, he pretendido eliminarle. ¡Yo no soy un envidioso, como muchos de ustedes creen!

—Gracias, señor. ¿Ordenará que le envíen el aviso?

—¡Lo haré! Y si tras el examen resulta que ya está incapacitado

para trabajar... ¡me habré librado de un estorbo! Aquí no podemos tener hombres que no sirven. Lo sabe usted bien, Kirk. ¡Nuestro puesto es de suma responsabilidad!

—Lo sé, señor.

Henry Caine regresó hacia la gigantesca pantalla, ascendiendo los escalones metálicos para relevar en los mandos al joven ayudante que había dejado allí, anunciándole a Kirk:

—Siga de servicio si así lo quiere. ¡Y espero que se lo agradezca su amigo!

—Gracias, señor.

CAPITULO II

Patrick Wyler miró a la rubia doctora Carol Sorel, indagando con su voz marcadamente varonil:. —¿Es preciso, Carol?

La joven y bella psiquiatra a su vez miró con sus grandes ojos azules a las pupilas grises del hombre, afrontando con valentía al mostrarle una cartulina:

—Lo es, Pat. ¡Viene de dirección!

—Comprendo... Orden de ese envidioso de Henry Caine, ¿verdad?

—Está firmada por él. Por lo que indica, últimamente tú... —Sólo tengo ligeros dolores de cabeza. ¡Eso es todo!

Terminando de ponerse su bata blanca, la mujer apuntó con media sonrisa divertida en los carnosos labios:

—¿Sólo eso, Pat?

—¡Nada más!

—¿Y qué me dices de tu irritabilidad? No es normal, en un hombre tan centrado como tú.

—¡Yo no estoy irritado! —¿Ah, no? ¡Acabas de gritarme!

—Es que no me gusta que se metan en mis cosas, Carol. A un hombre le puede doler la cabeza de vez en cuando, ¿no?

—De vez en cuando, sí, Pat. Pero tus amigos... tus buenos amigos —rectificó ella, remachando—, también dicen que no sufres —esas molestias de vez en cuando, sino todas las noches.

—Son pesadillas.

—Razón de más. ¿Pesadillas... sobre qué, Pat?

Patrick Wyler volvía a clavar en las pupilas femeninas el fuego de su irritada mirada, al indagar a su vez:

—¿Es que pretendes hacerme un «test»? ¿Tengo que tumbarme en tu condenado diván de psiquiatra?

—¿Por qué no? Estarás más cómodo.

—No me gusta que me buceen en el cerebro, guapita. ¡No soy un niño! Ni un enfermo... ¡Ni un loco! No necesito que...

—Lo que necesitas es calmarte, Pat.

—¡Ya! Relajarme, ¿no es eso? Como decís vosotros.

—¡Exacto! Nosotros entendemos de eso, amigo mío.

Los labios del hombre musitaron algo, pero tan inaudible que Carol Sorel no pudo interpretarlo. No obstante, sonrió con ganas al observar que aquel gigante de casi dos metros, con su recio corpachón macizo, terminaba por descansar en el cómodo sillón. Las largas piernas de Patrick Wyler sobresalían al extremo del cómodo sofá, agitando sus largos y musculosos brazos al aceptar en aquella postura:

—¡Adelante! Comprueba si estoy chiflado.

—No se trata de eso. Prefiero que charlemos.

—¿Sobre tus bellos ojos, Carol?

—¡Mira, chico! No estaría mal.

—Yo los encuentro preciosos.

—Gracias.

—Con resplandores casi divinos, de hermosa diosa. —Muy galante.

—Aunque, a veces... algo traviesos y atrevidillos. —¿Y eso está mal?

—¡Al contrario, Carol! A mí me encanta cuando miras así. —Dejemos ya mis ojos.

—Pues pasaré a tu encantadora naricilla, a tus sensuales labios tan rojos, a tu precioso a tus sugestivos e inquietantes senos y a tu...

—¡Alto, detente! Estás aquí como paciente, no como galanteador.

—¿Y no podría ser lo último, Carol?

—Mejor que me hables de tus pesadillas.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no, Pat? ¿No crees que eso es lo que te produce los dolores de cabeza?

Por eso no puedes trabajar y.....

—¡Yo trabajo siempre bien! —volvió a contestar él, con nueva irritación—. Es Henry Caine quien es un imbécil. Se aferra a los viejos sistemas, sin admitir ninguna innovación que yo quiera

introducir en las comunicaciones.

—Sin embargo, es cierto que el otro día estropeaste la pantalla de una de las astronaves. ¿No es así, Pat?

—Pretendía hacer un cambio. El selector de canales debe ser modificado, para que la imagen sea más clara y...

La mano femenina se alzó, atajándole:

—Sabes que no entiendo de eso, Pat. ¿Me hablas de tus pesadillas?

Patrick Wyler guardó silencio, cerrando la boca y los ojos con un gesto descontento. Luego se puso a mirar al techo de la amplia estancia climatizada, como empeñado en estudiar los rayos de luz indirecta que venían de alguna parte.

Impaciente al prolongarse el mutismo, la joven animó:

—¡Adelante, Pat!

—¡No!

Carol Sorel era una buena psicóloga. Precisamente por eso la habían destinado al asteroide Ceres, en donde la colonia de técnicos establecidos allí, al sufrir el notable cambio de vivir fuera y tan lejos de la Tierra, a varios millones de kilómetros del viejo planeta que les había visto nacer, debían ser observados en todas sus reacciones.

Siempre solía mostrarse dulce y cariñosa y por eso bromeó ante la negativa del hombre:

—¿Qué pasa, Pat? Esas pesadillas que tienes... ¿no son aptas para una chica soltera como yo?

El hombre pareció despertar de un sueño al oírla. Por un instante sus labios nuevamente volvieron a sonreír ante la pregunta de la mujer, aunque volvió a negar con firmeza:

—No contaré a nadie esas tonterías, Carol. Son sueños... ¡Solamente unas pesadillas tontas y absurdas!

Carol tampoco aflojó: estaba habituada a tales reacciones humanas y volvió a sortear.

—Es posible que no sean tan tontas ni absurdas, Pat. Hay una enfermedad espacial que nosotros denominamos...

—¡Alto ahí, guapita! Yo no estoy enfermo. Simplemente un poco fatigado. Casi no puedo dormir y es eso lo que... Bueno: admito que me trastorna un poco y en el trabajo-Adoptando un tono severo que estaba muy lejos de sentir, la rubia psiquiatra abandonó el cómodo

sillón junto al sofá, caminando por la estancia con la cartulina médica en una de sus manos finas y bien cuidadas, de piel sedosa. Toda la armoniosidad de su joven cuerpo quedó en manifiesto en aquellos pasos, adquiriendo su voz un tono «oficial» al indicar:

—Está bien, Pat... Puedes adoptar la política del tonto avestruz que esconde la cabeza bajo el ala, cuándo se ve acometido por algún peligro. Pero yo tengo que consignar «algo» en esta tarjeta. ¿Qué quieres que ponga? ¿Que un hombre como tú se ha negado a colaborar? ¿Que te asustan mis preguntas? ¿Que te niegas a decir qué clase de pesadillas sufres por las noches?

Al volver sobre sus pasos vio la mirada golosa del hombre clavada en su cuerpo, como si los ojos masculinos se recreaban ante la visión. Patrick Wyler pestañeo nervioso como el niño que ha sido atrapado en algo que no debe hacer.

Pero la rubia doctora se limitó a soltar otra pregunta que le dejo confuso:

—¿Cuánto tiempo hace que no besas a una mujer, Pat?

—Pues...

El hombre se interrumpió mientras se incorporaba, quedando sentado en el cómodo sofá, para exclamar al fin, visiblemente irritado:

—¡Qué tontería! No creo que eso tenga nada que ver con I mis...

—¿Cuánto tiempo, Pat?— —¡No sé!..., Unos dos años... Desde que salí de la Tierra. Aquí y en los otros puestos que he ido ocupando....

—Y de los que te fueron echando... —le recordó la mujer.

—¡Ya lo sé! —admitió él, malhumorado.

—¿Y no has tenido en todo ese tiempo ningún... quiero decir, ningún *flirt*!

—¡No! Yo no soy como todos esos tipos, que hacen como los marinos: una novia en cada puerto.

—Querrás decir, una novia en cada estación espacial, ¿no, Pat?

—Como quieras.

Nuevo silencio entre los dos, roto por la mujer al apuntar: —Tú estuviste a punto de casarte con la. hija del famoso Johnatan Baker, ¿verdad? El multimillonario Baker, nada menos.

—¡Sí! Su hija y yo estuvimos a punto de casarnos. ¡Eso es de dominio público, Carol!

—¡Cierto! Toda la prensa se hizo eco de ello —la mujer hizo una pausa antes de añadir con viveza—: ¡Pero no de los motivos de vuestro rompimiento!

—También son cosas mías.

—¿Como esas dichosas pesadillas, Pat?

—¿Alguna objeción, linda doctora?

—Solamente la que puede poner, desde el punto de vista estrictamente profesional, una doctora en psiquiatría. Nada más esa objeción, Pat.

—¡Está bien! ¡Está bien, Carol! Tú ganas. Bucea en mi cabeza todo lo que quieras.

Patrick Wyler volvió a tenderse sobre el largo sofá, pero agitando un índice al indicar:

—Pero te advierto, amiga. No me vengas luego diciendo que son majaderías. Seria, también volviendo a sentarse, la doctora Carol Sorel aceptó:

—Si de veras lo son, Pat, mi trabajo es procurar quitártelas de la cabeza.

La actitud de Patrick Wyler se tornó más calmada y pacífica, sus grandes manos quedaron cruzadas sobre el vientre y clavando la mirada nuevamente en el techo musitó:

—Empieza por donde quieras, Carol. ¡Yo lo diré todo! ¡Absolutamente todo!

—Así me gusta, Pat. Pero no fue posible.

La joven psiquíatra no pudo escuchar ningún relato fantástico de Patrick Wyler porque, inesperadamente, cuando más calmado y resignado parecía su paciente, empezó a dar boas sobre el blando sofá y contrayendo por el dolor sus enérgicas facciones, poniéndose a gritar y gemir como un toco.

Carol Sorel se asustó.

Aquel hombre parecía como poseído de fuertes dolores de cabeza, llevando sus crispadas manos al cabello castaño y alborotándolo, como si intentase todo lo que bullía en su atormentada mente.

Varías enfermeras ayudantes entraron y, a duras penas, revueltas todas en confuso montón sobre la alfombra del suelo, pudieron sujetar al hombre que se debatía bajo aquel repentino ataque.

Patrick Wyler gritaba, babeaba, cerraba los ojos con fuerza y los

volvía a abrir con angustia, exclamando entrecortadamente:

—¡No... no! ¡Basta... basta ya! ¡No lo diré! ¡Lo prometo...! ¿Es que quieres matarme, maldito? ¡Ah!

Y así siguió hasta que una oportuna inyección le dejó sumido en un profundo sueño reparador de horas.

* * *

Era la hora del relevo de uno de los turnos de servicio y el salón-comedor estaba atestado. Al fondo, como presidiendo la comida de todos los técnicos y especialistas destinados allí, el general Michael Fonda estaba sentado a la mesa en compañía de otros mandos.

Desde lejos, la mirada azul de la doctora Carol Sorel se encontró con la miope del ingeniero jefe Henry Caine y susurró a sus compañeros de mesa:

—El Búho quiere que le dé mi informe sobre el pobre Pat. Ya' me lo ha pedido varias veces. ¡Y no me quita el ojo!

Kirk Cronyn terminó su postre, indagando:

—¿Qué vas a decirle, Carol?

—No sé, Kirk... Estoy confusa. Desde luego, Pat no está para seguir en su puesto.

—¿Qué diablos tiene? ¿La enfermedad del espacio, come decís vosotros?

La pregunta la hizo el tercer ocupante de la mesa, otro joven ingeniero del equipo de Patrick Wyler. Se llamaba Burgess Oates e insistió ante la joven:

—A nosotros nos lo puedes decir, Carol.

—No, Burgess... No es eso.

—Entonces... ¿Pat está loco?

La muchacha miró al amigo severamente. No era jamás partidaria de emplear tal término y censuró:

—No dije eso, Burgess. Quizás, un poco fatigado mentalmente o algún trastorno leve, por esas pesadillas que sufre. ¡Nada más!

—Pero el Búho querrá conocer tu informe —volvió a insistir Kirk Cronyn—. Mandó a Pat a revisión médica y...

—Lo hizo con la maldita idea para deshacerse de él —intervino furioso Burgess Oates—. A esa vieja lechuza nunca le gustó Pat. Le envidia por todo lo que hizo hace años con las células fotoeléctricas para captar las corrientes eléctricas del espacio. Aquel trabajo fue muy bueno y ese viejo Henry Caine siempre dijo que él también

estaba trabajando en lo mismo, cuando se le adelantó Pat.

Se interrumpió al observar que, con la vista clavada en la mesa, Kirk Cronyn les informaba:

—Fui yo quien le sugirió al Búho que ordenase una nueva revisión médica para Pat.

—¿Tu...? —exclamaron casi a la vez Carol y Burgess.

—Bueno... Lo hice creyendo que sería bueno para Pat. Ya sabéis lo deprimido que últimamente está. Ante todo es su salud y... ¡Lo siento, amigos!

La delicada mano femenina se posó amistosamente sobre el antebrazo del joven ingeniero, consolándole:

—Hiciste bien, Kirk. ¡Es preciso determinar lo que le ocurre a Pat!

—Sí, claro, —también aceptó Burgess,— ¡es nuestro amigo!

—Se me ocurrió pedírselo al Búho porque Pat nunca quería decirme lo que le pasaba. Durante la noche, sin que se diera cuenta, yo le observaba y siempre le veía con los ojos muy abiertos, sin dormir. A veces, tú mismo también le has oído como habla solo, dando la impresión que sostenía una charla con otra persona.

Burgess Oates admitió mudamente con la cabeza, antes de decir:

—Y eso no era lo más extraño, Carol. Otras noches...

Vivaz, deseando bucear en aquel problema del que parecía depender la salud y hasta el puesto del común amigo, la joven doctora animó:

—Sigue, Burgess, por favor.

—Bueno, pues a veces... Pat se levantaba creyéndonos dormidos y se ponía a pasear, sin dejar de hablar a solas entre dientes, al parecer contestando y haciendo preguntas como a otra persona.

—También se sentaba ante la mesa de dibujo y se ponía a trabajar —informó Kirk Cronyn.

—¿Y qué dibujaba?

—Esquemas... planos de 'nuevos conductores de televisión, tubos catódicos de extraña estructura, transistores de imágenes... ¡Todas esas cosas de nuestra profesión!

—¿Tenéis algunos de esos dibujos?

—No —casi negaron a la vez los dos hombres, para seguir Kirk Cronyn—: Pat los tiene todos guardados bajo llave. ¡Nunca nos los enseñó!

—¿Se lo habéis pedido?

Burgess Oates tomó la palabra al aclarar:

—Una noche hice que me despertaba y le pregunté… ¡Casi me pega el bruto! Me dijo que si le estaba espiando y que no tenía que meter mis narices en sus cosas. Tardé más de una hora en calmarle.

—Sí, Carol: nos despertó a todos y le vi muy furioso —intervino Kirk—. Aquella noche tuve la sensación de que Pat nos consideraba sus enemigos. Miraba a todos de forma muy rara y terminó por volver a su cama, enviándonos a todos al diablo.

—¿Trabaja en algún nuevo proyecto? Kirk Cronyn y Burgess Oates se miraron, antes de responder el segundo:

—¿Un nuevo proyecto? ¡Pero si apenas ahora puede cumplir con su labor! El Búho se queja y con razón; Pat ahora parece un aprendiz. Se muestra incapaz de revisar un televisor sencillo. Lo que toca… ¡zas!, lo estropea, cambiando todas las piezas.

La voz de Kirk Cronyn se hizo casi silbante, al avisar usando el codo al amigo:

—Calla Burgess. ¡Ahí viene el Búho!

Pausadamente, sorteando las mesas del amplio salón-corredor, la alta y huesuda figura del ingeniero jefe Henry Caine fue acercándose hacia ellos, para terminar preguntándole a la mujer, con una falsa sonrisa en sus delgados labios:

—Quiero el informe médico de Patrick Wyler, doctora Sorel. He de saber si debo pedir un nuevo ayudante de laboratorio… ¡Y pronto!

—Lo tendrá hoy mismo, señor Caine.

—Comprenda usted, Carol… A mí me presiona el general Fonda. Esta base espacial no es ningún sanatorio psiquiátrico; aquí cada uno debe cumplir con su trabajo y el que no sirve, o ya no está capacitado para realizar su misión….

—Le he dicho que tendrá mi informe hoy mismo, señor Caine. Solo me faltan algunos datos.

—De acuerdo.

Antes de seguir hacia el fondo, Henry Caine saludo con la vista a sus dos subordinados Kirk Cronyn y Burgess Oates, recordándoles:

—Su turno empieza. Faltan diez minutos.

Cuando ya no podía oírles, Kirk Cronyn comentó:

—Después de todo, si Pat está algo fatigado y le relevan del

puesto, me alegraré. Somos de su equipo y también pedirán nuestro traslado. ¡No aguanto estar bajo las órdenes de ese Búho!

—Yo tampoco —confirmó Burgess Oates—. Es muy antipático. Luego, los tres siguieron hablando…

CAPITULO III

La sala-hospital estaba situada en la décima planta, a más de quinientos metros de profundidad de la superficie del asteroide Ceres, allí donde el laberinto de galerías subterráneas albergaban a más de tres mil personas, destinadas en la base espacial.

Exteriormente, el asteroide Ceres no era más que un diminuto puntito luminoso perdido en la negrura sin fondo del espacio, a más de ochocientos treinta mil kilómetros de distancia del asteroide más próximo, también convertido en plataforma de observación, gracias a la ciencia y las técnicas del hombre.

La luminosidad de Ceres provenía de esa técnica depurada, así como la necesaria aclimatación para todos los seres destinados en la pequeña colonia terrícola, encargada de vigilar las rutas de las poderosas astronaves y servir de lazo de unión con los otros observatorios y planetas del sistema solar.

Allí, la vida se deslizaba rítmica, cronometrada, como los mismos instrumentos electrónicos que la misma cibernética indicaba, para el cabal desarrollo de todas las funciones a realizar. Dos años destinado en Ceres, equivalían a un doctorado con el cual muchas puertas quedaban abiertas, una vez cumplido aquel servicio.

Los sueldos eran buenos y todas las instalaciones, por su comodidad y funcionalidad, eran capaces de hacer olvidar que se estaba suspendido en el vacío a muchos millones de kilómetros de la Tierra, de Marte o de la colonia que empezaba a establecerse en los satélites naturales del planeta gigante Júpiter.

—En la rugosa superficie del asteroide Ceres sólo era visible la huella del hombre en las plataformas por la arribada o la marcha de las astronaves. Rampas de lanzamiento que comunicaban con las

galerías subterráneas mecánicamente, en una sucesión sincronizada de grandes esclusas que se abrían o cerraban por medio de células fotoeléctricas, que parecían poseer vida propia.

Otro síntoma exterior de que el hombre se había establecido allí eran los gigantescos focos, luz que barría constante mente el negro fondo del espacio, con señales anunciadoras para la navegación interplanetaria.

Prodigio de técnica, esfuerzo y trabajo, que hablaba a las lejanas estrellas de su posible conquista.

Conquista del inquieto hombre.

Esa especie de «hormiga» inteligente que había excavado galerías y túneles en los restantes 1.629 asteroides, en donde otros hombres y mujeres se adaptaban a las condiciones de vida dictadas por ellos mismos, siempre en función del progreso, de ir cada vez más allá. De lanzarse hacia nuevas galaxias.

No obstante, a la profundidad que se encontraba de la superficie, desde el lecho Patrick Wyler se incorporó y dejó perpleja a la enfermera que le cuidaba al informar:

—Santoni Morgan acaba de aterrizar. Trae avería en su nave.

La enfermera abandonó su lectura, miró al joven ingeniero hospitalizado y giró la cabeza. Más que nada, fue un movimiento reflejo, instintivo. De sobra sabía ella que, precisamente por orden de la doctora Sorel, se había desconectado la pantalla de televisión al fondo de la habitación.

Prácticamente, era imposible que Patrick Wyler, allí recluido, pudiera saber si a más de quinientos metros de altura de donde se encontraban, alguna de las astronaves había llegado a Ceres o no.

Y mucho menos, afirmar que la nave venía pilotada por el capitán Santoni Morgan, aquel guapo muchacho de descendencia italiana, que solía llegar con los suministros.

Pero la enfermera nada comentó y, para no intranquilizar al enfermo, volvió a su lectura tras admitir:

—Es posible, señor Wyler.

—No es posible, muchacha —replicó él—. ¡Es así! ¿Te enteras? Acaba" de aterrizar la astronave del capitán Santoni. ¡Y quiero hablar con él!

—Tranquilícese, señor Wyler. La doctora Sorel ha dicho que...

—¡Al diablo la doctora Sorel! ¡No tiene por qué tenerme aquí!

Las piernas masculinas ya estaban fuera de la cama y la enfermera se alarmó, alejándose al pedir:

—¡No debe levantarse! Tiene que seguir el tratamiento.

—¡No estoy loco! Guardad vuestras condenadas inyecciones de cocodilato para los chiflados… ¡Me encuentro perfectamente bien!

—Pero, señor Wyler, yo… yo… La doctora dijo que usted…

Al fondo de la sala algo zumbó sordamente y cuatro robustos enfermeros se dejaron ver. Eran hombres altos y fuertes, con movimientos algo lentos como de autómatas instruidos o programados para determinadas funciones: sólo que aquellos hombres poseían corazón y cerebro, voluntad propia y disciplina.

Y Patrick Wyler nuevamente fue sometido, aunque no sin una breve lucha en la cual consiguió derribar a tres de ellos.

Después de aquello ya no habría duda. La doctora Sorel tendría que escribir en la cartulina médica:

«Patrick Wyler: locura temporal…»

* * *

El general Michael Fonda estuvo escuchando el ingeniero jefe Henry Caine, hasta que indagó:

—¿Y por qué todo el equipo, señor Caine?

—Siempre se hace así, señor. Todos ellos también llegaron con Patrick Wyler y es mejor que sean relevados. El caso de ese pobre diablo ya está claro.

El hombre responsable de la estación espacial en el asteroide Ceres examinó detenidamente la cartulina médica, indicando al fin:

—Aquí sólo pide descanso temporal para él, señor Caine.

—Le diré, general Fonda… Tanto Kirk Cronyn, como Burgess Oates y ese John Woods, son todos muy amigos de Patrick Wyler. Despidiéndole a él, el resto del equipo no trabajaría a mis órdenes con los óptimos resultados que se precisan. Por eso considero conveniente que también ellos sean trasladados.

—Allá usted, señor Caine; no me gusta mezclarme en los departamentos que llevan cada uno de ustedes. ¿Ha dispuesto usted la marcha?

—Sí, señor: regresan a la Tierra en la astronave del capitán Santoni Morgan.

—¿No tenían avería?

—La están reparando, señor.

—Otra cosa, Caine. ¿Los manda usted, incluso antes de que lleguen los que tienen que ocupar los puestos de esos hombres?

Con media sonrisa, Henry Caine aclaró: —Me tomé la libertad de pedir ese relevo, señor. Una cosa así ya la preveía yo.— En ese caso…

—Lo hice porque, aunque la doctora Sorel dilató su informe de incapacidad de Patrick Wyler, yo tenía suficientes datos para saber que ese hombre no regía bien.

—Siempre fue un genio en electrónica, señor Caine.

—Ciertamente, señor. ¡Lo *fue*! Pero ha debido sufrir alguna perturbación mental. ¡Ya no sirve!

—Es triste despedir a un hombre como él, en estas condiciones.

—Señor… —apuntó con una sonrisa complaciente Henry Caine —. Me atrevo a recordarle que lo primordial, lo importante, es la misión que aquí tenemos encomendada.

—¡Por supuesto! Pero espero que usted lleve todo esto con la mayor delicadeza posible. Los especialistas en electrónica no olvidarán tan fácilmente el nombre de Patrick Wyler, y no querría que allá, en la Tierra, pudieran pensar que nos hemos querido deshacer de él. Ya sabe, Caine… por alguna de esas rencillas que a veces surgen entre ustedes. Los sabios…

Tras su parrafada, como para quitarle importancia, el general responsable añadió:

—Todos ustedes son individuos muy susceptibles, Caine.

—En este caso, nada de eso existe, señor. Simplemente que el privilegiado cerebro de ese pobre muchacho ha dejado de funcionar correctamente. Aquí podría representar un serio peligro.

—Bien, Caine; lo dejo todo en sus manos.

La cintra transportadora llevó a Henry Caine al extremo del pasillo de la primera planta, en donde tomó el ascensor automático hasta la cuarta planta. Una nueva cinta transportadora le llevó hacia el laboratorio de comunicaciones, en donde entró palmeando las manos al gritar a los diversos empleados:

—¡A ver! ¡Presten todos mucha atención!

Cinco mecánicos montadores, con las manos sucias del trabajo, clavaron la vista en el hombre delgado de los espejuelos sobre la nariz. Y Henry Caine empleó su tono de voz más autoritario al ordenar:

—Dejen de trabajar en todo eso. Desde ahora, en este taller no se harán más experimentos ni tonterías. Todas las piezas que les ordenó confeccionar el ingeniero Wyler... ¡deben ser destrozadas! ¡Y ante mi vista!

Por una de las puertas del fondo apareció el huesudo Burgess Oates, quien objetó alzando uno de sus brazos:

—¿Por qué, señor Caine?

Henry Caine miró a aquel ayudante con disgusto y su réplica aún dejó más perplejos a los mecánicos:

—Porque lo ordeno yo, señor Oates. ¿No basta?

Avanzando más hasta quedar frente a su jefe, Burgess Oates aún resistió:

—Son piezas que Pat ha diseñado, señor Caine. No veo la razón para que ahora usted las destruya.

—Y yo no encuentro ninguna razón para darle explicaciones a usted. Hasta ahora, y pese a ser yo el jefe, ustedes tres siempre han obedecido y secundado a Patrick Wyler, como si fuera un dios. Han desperdiciado material y utilizado muchas piezas en nuevos ensayos que... ¡Ya ve...! Era la obra de un loco. De un demente que hasta golpea a los enfermeros que le cuidaban.

—Pat no está loco, señor Caine. A usted, mejor que a muchos, le consta que es un gran ingeniero de la imagen. Ha realizado trabajos excelentes que nadie...

—¡Basta! Todo eso corresponde al pasado, señor Oates. Su querido y respetado Patrick Wyler y todos los que llegaron con su equipo, han sido relevados. ¡Otros vendrán a cubrir sus plazas!

—¿Có... cómo dice?

—Lo ha oído perfectamente, señor Oates. Y esos estúpidos ensayos para mejorar las técnicas en televisión han terminado. Desde ahora aquí se trabajará bajo mi única dirección. ¡No se hable más!

Adelantándose unos pasos más, el alto y huesudo Burgess Oates opinó como despedida:

—Señor Caine... A usted siempre le ha roído la envidia. Le ha costado trabajo tener que aceptar que, con treinta años menos que usted, Pat fuese capaz de imponer nuevas técnicas que han representado grandes adelantos. Y eso, mi «querido» ex jefe...

¡sólo lo sienten las almas ruines!

—¡Cuide lo que dice, Burgess! Puedo añadir a su expediente anotaciones que le incapaciten para volver a ocupar un cargo medianamente bueno. Si regresan a la Tierra con una cosa así, nadie les dará trabajo. ¡Se morirán de hambre!

—Es posible, pero no de vergüenza por trabajar a las órdenes de un miope como usted… ¡Y no lo digo sólo por sus ojos y sus gafas, señor Caine!, sino por su estúpida ceguera al no querer aceptar innovaciones en nuestro campo.

—La televisión ya no puede adelantar más. ¡Se ha hecho todo!

—Los hombres como usted opinan así.

—¡Y es la verdad!

—¡No! Usted es de los que frenan el progreso, apoyándose en mezquindades.

—¡Silencio!

—En raquíticas cuestiones de prestigio personal, que tampoco les permite avanzar más, abriendo nuevos horizontes… ¡Como los que siempre busca Pat!

—¡Al diablo usted y ese loco! Y aún más brioso ordenó:

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

Cuando Burgess Oates empezó a alejarse del gran taller, Henry Caine recordó a gritos casi histéricos:

—¡He dicho que rompan todas esas piezas!

CAPITULO IV

Preparando las cosas para la marcha, Patrick Wyler escuchó sin despegar los labios a su compañero y amigo Burgess Oates. Kirk Cronyn y John Woods también preparaban el equipaje y Kirk opinó:

—Ese Búho sí que es un inútil. No sé cómo consiguió ese puesto aquí.

De pronto, como si a Patrick Wyler le volvieran los dolores de cabeza, le vieron llevarse las manos a la frente con un gesto agrio en los labios. Sus párpados quedaron cerrados durante más de un minuto, hasta que rompió la tensión de aquellos momentos al musitar:

—No os preocupéis... ¡Ese cerdo morirá pronto!

Kirk Cronyn intercambió una muda mirada con los otros dos amigos, antes de preguntar mirando directamente a Patrick Wyler:

—¿Estás bien, Pat?

—Sí, sí... No es nada, Kirk.

—¿Quieres que llame a la doctora Sorel? —preguntó Burgess—. Si te vuelven esos dolores de cabeza no creo que debas realizar el viaje. Es muy largo y...

—Gracias, Burgess. ¡He dicho que estoy bien!

Media hora después, cuando les estaban haciendo la entrega de los documentos, el jefe de los servicios de las rampas de lanzamientos les apremió:

—Dense prisa, por favor. La nave del capitán Santoni no tardara en partir.

Patrick Wyler pareció no haber oído y sorprendió a sus tres compañeros montando en la cinta transportadora que le conduciría hacia el salón-bar. Ya le veían alejarse cuando Kirk indicó:

—No tenemos tiempo para unas copas, Pat. ¡Ya lo oíste! El

amigo ni giró la cabeza al replicar: —Esa nave no saldrá hasta dentro de dos horas. ¡Vamos, chicos!

—Pero el teniente ha dicho que...

—Se equivoca, Kirk. Los tanques de oxígeno tienen una fisura y tendrán que cambiarlos por otros. Nos sobra tiempo para esos tragos.

Kirk Cronyn y Burgess Oates le siguieron, pero John Woods fue a comprobar si aquello era cierto. Minutos después, reunido con ellos en el salón-bar, el joven ingeniero preguntó divertido:

—Acertaste, Pat. ¿Cómo diablos lo supiste? Apurando el cordial refrescante, Pat respondió:

—Lo oí por ahí. Eso sin contar que el vuelo se va a suspender. Los tres a la vez indagaron intrigados:

—¿Cómo dices, Pat?

—¿Que...., que se va a suspender el vuelo?

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Pues... No sé... Es una corazonada que me acaba de dar:

Dos hombres con los uniformes de seguridad del servicio interior acababan de entrar en el amplio salón-bar y se dirigían hacia los cuatro amigos. El poco personal que descansaba allí giró la vista hacia ellos al adivinar por la presencia de los uniformes que algo pasaba.

No tuvieron que esperar mucho tiempo para oír decir al cabo que lucía sus galones:

—¿Quieren acompañarnos, por favor?

Kirk, Burgess y John le miraron extrañados. Sólo Patrick Wyler pareció aceptar sin sorprenderse, levantándose al animar a sus compañeros:

—Vamos, muchachos. No pasará nada...

El general responsable de la estación espacial los recibió casi congestionado, secándose el sudor de la frente, pese a que en su despacho el aire estaba acondicionado y la temperatura siempre resultaba ideal.

Michael Fonda miró a los cuatro jóvenes ingenieros y su voz resultó casi inaudible al interrogar, mirándoles alternativamente:

—¿Quién de ustedes ha sido?

Por costumbre, quizá por el hábito de verle siempre las decisiones, al menos en el orden del trabajo que durante años

venían realizando en equipo, Kirk, Burgess y John miraron a Patrick Wyler, como deseando encontrar una respuesta a la seca pregunta.

Y su extrañeza aumentó al ver que en el rostro del amigo no había nada de asombro ni perplejidad, por lo que parecía una acusación. Pat más pronto sonrió al decir al general Fonda:

—Hemos estado los cuatro juntos, señor. En nuestras habitaciones preparándonos para la marcha y luego en el bar. El general Michael Fonda le miró directamente al insistir:

—¿Sabe a lo que me refiero, Patrick?

Le vieron contenerse, pero al fin invitar con media sonrisa:

—Lo supongo, señor.

—¡Es sobre la muerte del ingeniero jefe Henry Caine! Nueva perplejidad alarmante en Kirk, Burgess y John al oír decir al amigo:

—Muerte accidental, señor.

—Más bien puede decirse… ¡asesinato! —estalló el general.

—¡Diablos! —no pudo contenerse Burgess Oates.

Su espontánea exclamación escapó al recordar que él había discutido agriamente con el Búho. Si aquellos cinco mecánicos habían ya declarado, aquello podría tomarse como un indicio contra él.

En su confusión escuchó pedir a Patrick Wyler:

—Tranquilízate, Burgess. Ni a ti, ni a ninguno de nosotros, podrán culpar de esa muerte. ¡Lo sé!

El general Michael Fonda continuaba mirándoles alternativamente, guardando un silencio que rompió al decir:

—Tendremos que suspender el viaje, para abrir una investigación sobre el caso. ¡Lo siento!

La muda seña de una de sus manos fue más que significativa para los hombres uniformados. Nuevamente se encontraron con la escolta de la policía interior, a quienes ordenó el general:

—Quedarán confinados en sus habitaciones, bajo vigilancia.

—Bien, señor.

—Y diga al teniente MacKensy que venga.

—Pero, señor… —empezó a protestar el vehemente Kirk Cronyn —. ¡No puede acusarnos de nada! Pat ha dicho la verdad: no nos hemos separado y…

La mano de Patrick Wyler rozó su brazo al pedir:

—Tranquilo, Kirk. ¡He dicho que no pasará nada! Antes de

veinticuatro horas se habrán convencido de que fue un accidente. El Búho se cayó hacia atrás y...

Cerró los ojos al sentir todas las miradas centradas en él, para rectificar al poco:

—Digo yo que habrá sido una cosa así, ¿verdad, señor?

Mirándole fijamente, avanzando un paso hacia él, el general Michael Fonda entornó los ojos al silabear:

—Tiene usted una intuición prodigiosa, Patrick... En efecto: Henry Caine «totalmente» se dejó caer hacia atrás... ¡pero para ensartarse por la espalda en un hierro candente que había sujeto al torno de la fragua, donde usted fabricaba, no sé qué piezas!

—Horrible, señor —se limitó a sentir Patrick Wyler—. Realmente debió ser muy doloroso.

—Murió instantáneamente. Le están examinando la doctora Sorel y el doctor Nueman.

—Quizá se mareó, se echó hacia atrás y...

La pantalla del visófono parpadeó con destellos de luz, siendo conectada por el ayudante del general, que indagó por el intercomunicador:

—Sí... ¿Qué hay, teniente MacKensy> >.

—Desearía hablarle, señor.

La mano del responsable de la estación espacial señaló la puerta a los vigilantes uniformados, pidiendo:

—Pueden llevárselos. ¡Y ya conocen mis órdenes!

—Bien, señor.

* * *

Durante las horas que estuvieron confinados en sus habitaciones, la charla entre los cuatro amigos resultó menos frecuente y amena que de costumbre. Normalmente, cuando terminado el servicio se reunían allí, el diálogo y hasta las bromas brotaban espontáneas entre ellos, sobre todo antes de que el pobre Patrick Wyler empezase a sufrir aquellos agudos dolores de cabeza, que habían terminado por decidir la suerte de los cuatro.

Pero en aquella ocasión, tras su despido y el sorprendente asesinato del ingeniero jefe Henry Caine, algo parecía pesar sobre los cuatro jóvenes y las palabras no brotaban en sus labios con naturalidad.

Sin saber ciertamente por qué, empezaban a sentir una especie

de extraño respeto por el ahora siempre taciturno Pat, que en las últimas horas había acertado varias veces cosas que fueron sucediendo, de una forma rara, inexplicable.

Por ejemplo: ¿Cómo supo, estando a quinientos metros de profundidad en la sala-hospital, que precisamente la nave que llegaba a las rampas del exterior era la del capitán Santoni Morgan?

¿Y cómo pudo saber que regresaba precisamente por una avería?

¿Y aquel «casual» comentario que les hizo sobre la próxima muerte del Búho, cuando hablaban sobre lo referente al despido de los cuatro?

¿Por qué Pat había dicho, textualmente: «No os preocupéis… ¡Ese cerdo morirá pronto!»?

Cuando el oficial de servicios en las rampas de lanzamiento les dio la documentación en regla para realizar el viaje, les avisó que tenían poco tiempo antes de que la astronave partiera. Pero Pat se había encaminado con toda tranquilidad hacia el salón-bar, sin prisas y anunciándoles ante el apremio de Kirk que no tenían que correr porque aún faltaban dos horas para que la nave emprendiera el vuelo.

Mudamente, sin decir nada, Kirk, Burgess y John recapitulaban todo esto, recordándolo. Como recordaban que, efectivamente, tal como les había predicho Pat, los tanques de oxígeno de la astronave del capitán Santoni tenían una fisura y fue preciso cambiarlos.

¿Qué pasaba allí?

¿Cómo había podido saber Pat que el vuelo se suspendería?

La suspensión se debía a la muerte de Henry Caine, como si Pat ya estuviera enterado que el Búho iba a ser asesinado.

Y cuando el general Michael Fonda les acusó, más o menos veladamente, Pat también había «adivinado» que el ingeniero jefe había sufrido un «accidente», cayendo de espaldas, absurda y tontamente, sobre una de las piezas que en la fragua-torno se estaban terminando de fundir.

La siguiente pregunta que los tres amigos de Pat se formulaban era obvia.

¿Acaso sabía Pat «algo» sobre aquella muerte?

Todo esto era lo que creaba una cierta tirantez entre ellos, empezando a flotar la desconfianza hacia el amigo, aunque siempre le habían respetado y querido.

Quizá, también les preocupaba el hecho de regresar a la Tierra con la hoja de sus servicios manchada, despedidos de la base espacial del asteroide Ceres, después de haber sido remitidos allí también rechazados de otras partes.

Y todo porque Patrick Wyler, el famoso ingeniero, de un tiempo a aquella parte había empezado a dar muestras de una ineficacia terrible en su profesión.

¿Qué era lo que realmente pasaba…?

CAPITULO V

El viaje de regreso a la Tierra se efectuó dentro de la mayor normalidad.

Lo que ya no les pareció tan normal a los cuatro amigos fue aquella nube de periodistas, que les abordaron con sus cámaras fotográficas y ansiosos de conocer una «historia» con la cual realizar un interesante reportaje.

Y no sólo un reportaje sobre los reales motivos de su despido de la estación espacial Ceres, sino a la par sobre los rumores que circulaban con respecto a la muerte «accidental» del ingeniero jefe Henry Caine.

Kirk, Burgess y John vieron que Pat se encaraba con los afanosos periodistas, replicándoles agriamente:

—Si algo saben por las comunicaciones desde Ceres, les remito al general Fonda. A nosotros nos dejaron partir al fin, libres de toda sospecha.

—Pero es que...

—No podemos decirles más —insistió tajante—. Se comprobó que fue un accidente y que nada tuvimos que ver en él.

Más tarde, camino los cuatro en el coche de línea hacia la ciudad de San Francisco, al comentar entre ellos qué podrían hacer, Pat les dijo a sus tres amigos:

—Vosotros encontraréis un buen puesto de trabajo.

—¿Y tú, Pat? —quiso saber Kirk.

Le vieron encogerse de hombros, dibujar en sus labios una triste sonrisa y musitar, conformista:

—A mí... todos me darán de lado. ¡Incluidos vosotros! El alto y huesudo Burgess protestó:

—¿Por qué dices eso, Pat? ¡Eres un excelente especialista!

—Quizá, Burgess... Pero eso corresponde al pasado y la gente sólo recuerda los fracasos. Y últimamente, yo...

—No te encontrabas bien, hombre.

Mientras rehuía la vista de los tres amigos y miraba fijamente al paisaje por la ventanilla del vehículo, con acritud —Pat replicó:

—¡Me encuentro perfectamente! Mis dolores de cabeza nada tienen que ver con mis sucesivos despidos.

Luego, como arrepentido por haber respondido con sequedad al interés de los otros, girando la cabeza para mirarlos comentó más jocoso:

—¿Os habéis dado cuenta, muchachos? Nos han ido rebotando como si fuéramos pelotas de goma, de un sitio a otro hasta devolvernos a la Tierra.

—Por mi parte, me alegro —manifestó Kirk—. Empezaba a echar de menos todo esto.

—Yo también —corroboró John Woods—. Y no volveré a aceptar ningún destino fuera de este viejo pero querido planeta.

Las verdes campiñas ondulantes de California se extendían ante ellos, volviéndole a entusiasmar al joven Wood que indicó:

—¡Fijaos bien, amigos! ¡No hay nada comparado a todo esto! Es posible que un día el hombre llegue a las estrellas... ¡Pero siempre querrá regresar aquí!

—Tienes razón, John —también aceptó Kirk—. La Tierra podrá estar vieja, caduca y gastada. Pero es como una madre, a la que siempre se recuerda.

—Hablando de madres. ¿Queréis venir a mi casa? —propuso John.

Por sus semblantes, Kirk y Burgess parecían aceptar la invitación. Pero el rostro de Pat había vuelto a la seriedad habitual en él en los últimos tiempos y tras breve silencio rechazó:

—Gracias, John, pero me alojaré en cualquier hotel.

—¿Por qué, Pat? En nuestra casa hay sitio suficiente. Seguiremos juntos hasta lograr cualquier empleo en equipo, como siempre.

—Os he dicho que vosotros es muy posible que podáis colocaros, pero lo que es yo...

—Qué pesimismo —afeó Kirk.

—No es eso, pero ya veréis cómo a mí nadie me quiere. Mi hoja de servicios no es, últimamente, muy recomendable.

—Mi padre tiene montado un gran taller de electrónica —volvió a ofrecer John Woods.

—Tu padre, John, como todos… ¡No me querrá en él! Ahora soy Patrick Wyler… ¡El loco!

Vio la incredulidad y el disgusto en los ojos de los amigos y añadió, volviendo a fijar la vista en el paisaje:

—¡Ya os iréis enterando! No tenéis más que leer la prensa esta misma noche.

—¿Qué pasará? —quiso saber Kirk, casi ansiosamente.

—No importa, Kirk. Ahora hablemos de otras cosas.

Horas después, en la finca de los padres del joven John Woods, tanto Kirk Cronyn como Burgess Oates podrían comprobar algo. Los diarios hablaban del regreso de cuatro ingenieros electrónicos remitidos desde la base espacial del asteroide Ceres, haciendo comentarios nada agradables y hasta algunas veladas alusiones que les relacionaban con el «accidente» sufrido por Henry Caine, llamado entre ellos el «Búho».

—¡Esto es una cochinada! —explotó Kirk.

—Con quien más se meten es con el pobre Pat. Han debido transmitir desde allí una información nada favorable a él.

—Lo que me extraña es cómo Pat acierta en todas sus predicciones —comentó John Woods.

—Tenemos que ayudarle a encontrar un buen puesto. Un hombre como él no debe desperdiciarse.

Pero al poco, ellos también se olvidaron del buen amigo. Los padres de John Woods organizaron una gran fiesta para celebrar el regreso a la Tierra de su hijo, y allí todo fue alegría, baile, buena música y mejor humor.

En la Tierra y en las diversas colonias establecidas en los otros planetas del sistema solar, había más de treinta mil millones de seres humanos.

Patrick Wyler no era más que uno más de aquellos seres. Sólo que aquel hombre ya no era como los otros.

Aunque solamente lo sabía él. El y los «otros», claro.

* * *

Realmente, fue una casualidad.

Cruzaba la Avenida Kennedy en su intersección con la Calle 45, cuando un lujoso vehículo se le vino encima. Patrick Wyler tuvo

que utilizar todos sus reflejos y toda la fuerza de sus largas piernas, para hurtar el cuerpo y no caer mutilado bajo las ruedas del vehículo.

Desde la calzada, interrumpiendo el tráfico y con la gente corriendo alarmada hacia allí, lo primero que Pat vio al recuperarse del golpe y alzar la vista fue la melena rubia de una mujer.

¡Jeanne Baker!

Era alta, bien proporcionada y con una armoniosidad en todo su cuerpo que no podía pasar inadvertida. Seguía tan hermosa y elegante como siempre y sus torneadas piernas quedaron fugazmente al descubierto, al bajar precipitadamente del vehículo que conducía un chófer uniformado.

La hija del millonario Johnatan Baker también le fe-conoció.

—¡Pat!

Patrick Wyler no supo de dónde sacó valor para sostener el fuego de aquella intensa mirada azul. Las pupilas femeninas le taladraban, y entre el murmullo y los comentarios de la gente que se empezaba a arremolinar en torno de ellos el hombre dijo:

—¡Casi lo consigues esta vez, Jeanne!

La mujer rubia quedó por un instante más turbada, pero acertó a decir:

—¡Por favor, Pat! Sube... Tenemos que alejarnos de aquí.

El hombre hizo un gesto con su mano como para indicar su raída y sucia ropa, al indagar con los ojos cargados de ironía:

—¿No te avergonzarás de llevar junto a ti a un pordiosero? —Sube, Pat... ¡Por favor! Minutos después, alejándose de la populosa ciudad de San Francisco, el poderoso vehículo serpenteaba por la cinta de la carretera, ascendiendo a la colina desde donde podía contemplarse la gran bahía. Jeanne había despedido al uniformado chófer minutos antes, y con sus manos enguantadas al volante paró el coche en el instante que sus rojos labios se despegaban al indagar:

—¿Qué ha sido de tu vida en estos meses, Pat?

Divertidamente extrañado, Patrick Wyler miró a los grandes ojos azules al contestar a la pregunta con otra:

—¿En estos meses, Jeanne? ¿Sólo te interesa eso?

—El resto del tiempo, sé lo que has hecho y dónde estuviste.

—¿De veras?

—Sí, Pat... ¡Aunque no lo creas!

—Lo creo: pero me cuesta trabajo admitir que seguiste interesándote por mí. —Así ha sido, Pat.

Las manos en los mandos, los dedos femeninos enguantados parecían juguetear con ellos, como para distraer la tensión que se percibía en todo su cuerpo. La mirada buscaba el otro azul del lejano océano y ante el silencio del hombre ella insistió:

—Sí, Pat: he seguido cada uno de tus pasos, desde que te fuiste.

—Un largo peregrinar, ¿no crees? —recordó él.

—¿Por qué todos esos cambios de destino? —se interesó ella.

—¡Fracasos! —Suspiró él— Una serie de fracasos sin interrupción, hasta ser despedido, casi como un criminal, de Ceres.

—Ya he leído —informó ella—. ¡Y no creo nada de lo que dicen!

—Oficialmente, nadie me acusa de la muerte de ese imbécil. Henry Caine murió accidentalmente. De tina forma estúpida: se dejó caer sobre un hierro candente que le ensartó por la espalda.

—¡Qué horror, Pat!

—Completando el informe sobre el caso, parece que tuvo un... Bueno: un mareo y se desmayó. Los dictámenes médicos hablaron de un derrame cerebral: un fuerte dolor de cabeza que le hizo perder el conocimiento. Pero, de una forma u otra, como coincidió con mi despido, me involucraron en ello.

—¿Es eso lo que te ha hecho esconderte, desde que regresaste?

Patrick Wyler sonrió con cierta amargura al negar: —No, Jeanne... Y además, no me he escondido. Simplemente no he frecuentado los sitios donde antes, tú y yo, con otros amigos...

La mano derecha del hombre hizo un gesto vago al añadir: —¡Bah! Todo eso corresponde al pasado. ¿Para qué hablar de ello?

Al mirarle, preocupada por el aspecto de las ropas del hombre, la mujer preguntó quedamente, con cierto tono de reproche en la voz:

—¿Por qué andas así, Pat?

—Sencillo, mujer: no soy millonario, como vosotros. ¡No tengo un solo níquel! Hace muchos meses que inútilmente busco trabajo. ¡Nadie quiere saber nada con el fracasado Patrick Wyler!

—Pudiste avisar —siguió reprochando ella.

—¿Para qué? ¡Qué tontería, Jeanne! ¿Es que no me conoces?

—Sí, Pat... Te conozco muy bien. ¡Orgulloso y altivo como

siempre!

—Llámalo mejor dignidad.

—Tienes amigos.

—Di mejor que «tuve» amigos —rectificó nuevamente él con amargura—. La sociedad admira y hasta perdona al que triunfa, aunque sea a costa de los demás y empleando los medios que sean. ¡Pero se aparta de los fracasados!

Tras breve silencio, con cierto estallido de ira mal contenida Patrick Wyler siguió:

—¿Crees que no pedí ayuda a muchos de esos «amigos»? ¿Y qué me ofrecieron? Un poco de dinero, para que siguiera tirando. Alguna chapuza sin importancia, sus consejos… ¡Y su piedad!

—Sabes muy bien dónde vivo… Yo podría…

—¡Oh, sí! —la interrumpió, falsamente sonriente y divertido—. Aunque la verdad, Jeanne, me habría costado trabajo localizarte. La única hija del famoso multimillonario Johnatan Baker, puede estar en muchos sitios. ¡Tiene fincas de recreo por todas las partes del mundo! Hoy puede estar en California, mañana en su palacete de Arabia, al otro día sobre las cumbres del Himalaya practicando el esquí… ¡O en cualquier isla paradisíaca del Pacífico, bronceando su bonito cuerpo al sol! ¿No es eso?

Fulminándole con el azul intenso de sus ojos, la mujer protestó:

—A veces… ¡resultas odioso, Pat!

—Sabes que nunca me gustó esa clase de vida que llevas.

—Eres todo un hombre, Pat… ¡Nadie mejor que yo lo sabe! Pero siempre estuviste lleno de complejos. ¡Odias a los que tienen más que tú!

—¡No les odio! —Protestó él con energía—. ¡Los detesto! ¿Y sabes por qué? Porque siempre me lo hicieron sentir así. Desde la cuna he sentido la humillación de los poderosos. ¡Eso también lo sabes!

—En nuestra casa viviste bien, Pat.

—¡Sí, claro! Pero como un simple criado… ¡Lustrándole las botas a tu padre! Cortando rosas en vuestro jardín. Cuidando de vuestros caballos. Y luego reconozco que asistiendo a la universidad… ¡Pero matándome a trabajar cuando regresaba, para que mi pobre madre…!

El se interrumpió y los dos guardaron silencio, hasta que

amargado por los recuerdos añadió:

—Mejor no seguir, Jeanne... ¿Para qué? Es la misma historia.

La tarde caía confundiéndose el lejano horizonte del gran océano con el cielo, cuando los labios de la mujer musitaron quedamente, vuelta hacia el hombre como ofreciéndose con humildad:

—¡Yo te quiero, Pat! ¡Sigo enamorada de ti!

Patrick Wyler no rehuyó aquella vez el fuego de la mirada femenina y aceptó, tomándola con frenesí entre sus fuertes brazos:

—¡Y yo también te quiero, Jeanne! ¡Jamás podremos olvidarnos el uno del otro! Esto también lo sé, mujer.

Y ambos, como atraídos por un poderoso imán, quedaron abrazados sintiendo el indecible deleite de las caricias...

Por eso volvieron a tenerse el uno al otro, como la primera vez que el destino hacía años les había unido.

CAPITULO VI

Amanecía cuando el vehículo los devolvió a la ciudad y la mujer rubia musitó al ver que descendía el hombre: —Pat... ¿Volveremos a vernos?

Patrick Wyler quedó ante ella con toda su elevada estatura, tomando entre las suyas una de las manos femeninas al repetir:

—Ya hemos hablado de eso toda la noche, Jeanne. Tú estás ahora prometida a Eli Jackson.

—Puedo romper el compromiso.

—¿Y me aceptarías tal cual soy ahora?

—¿Por qué no procuras volver a elevarte, Pat? ¡Tú vales mucho! Siempre fue así..

—Ahora ya no. ¡Ya lo ves! Caí muy bajo.

—Tengo amigos a los que podrías pedirles un empleo. Antes de un año tú podrías...

—No, Jeanne —volvió a atajar él—. Nos sentimos atraídos endemoniadamente el uno hacia el otro. No podremos olvidar que juntos, hace años, descubrimos el amor...

¡El verdadero amor! Pero nuestras almas siguen separadas... ¡Somos muy distintos, querida Jeanne!

—Yo sería muy feliz junto a ti, Pat. ¡Me consta!

—Sí, cariño, pero siempre y cuando me elevase, como has dicho. Siempre y cuando pudiera ofrecerte la clase de vida a la que siempre has estado acostumbrada. En cuanto consiguiera un buen puesto en la sociedad y todos... ¡y todos hablasen con orgullo y admiración de tu marido!

—Lo puedes conseguir. ¡Sabes luchar!

—No quiero luchar más... Ya ves, cariño. ¡Me encuentro bien y tranquilo así!

—¿Hecho un mendigo? ¿Un pordiosero que seguro no tiene qué comer?

—¡Ya salió! —exclamó él—. Ahora te avergüenza haber estado conmigo.

—¡No! —protestó con viveza a su vez ella—. ¡Me avergüenza cómo vistes! Cómo vas, no tu persona. ¡Lo sabes bien!

Patrick Wyler alzó la vista al cielo, como para contemplar la claridad del nuevo día.

Y con cansancio en la voz dijo:

—Es muy tarde, Jeanne… ¡O muy temprano, como prefieras! En tu casa te estarán echando de menos.

—¡Pat! ¡Pat! —Pidió la mujer—. ¡Ven aquí!

El hombre dejó de caminar, para indagar al volverse:

—¿Qué quieres ahora, Jeanne? No tenemos más que discutir.

—¡Sí, y mucho! ¿Es que no vas a procurar salir de ese estado?

—No sé, cariño… ¡Es posible que no! Te he dicho que así me encuentro muy bien.

Desde la distancia que él había, puesto entre los dos, las manos ya en los mandos del vehículo, Jeanne Baker tras sostener la mirada del hombre y un breve silencio retó:

—Entonces… ¡No te acerques más a mí, mientras sigas siendo un fracasado! No quiero saber nada de ti… ¡Y olvida lo de esta noche!

Los labios sensuales de Patrick Wyler se contrajeron con un amargo mohín que pretendía ser una sonrisa al aceptar:

—¡O.K., Jeanne! Pero eso último no será posible… ¡Estuviste ardiente y deliciosa! Con rabia, la hija del multimillonario exclamó:

—¡Vanidoso! ¡Te detesto!

—No, nenita; me amas y me seguirás amando. Pero tú tampoco te quieres doblegar. No vienes a mí y me dices: «Pat, como sea, me harás tu esposa. ¡Tu mujer y compañera, tanto para lo bueno como para lo malo!» ¿A que no dices eso?

—No tengo que descender hacia ti… ¡Tú tienes que elevarte hacia mí!

—Descender… Ascender… ¡Qué cosas tan relativas, Jeanne! ¡Qué confusiones tenemos los humanos! Créeme que, a veces, no lo entiendo.

Y caminando, con las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón sucio y gastado, sin volver la cabeza ni una sola vez,

Patrick Wyler continuó alejándose.

* * *

La calle era estrecha y las casas de aquel viejo barrio debían contar más de dos siglos. Como tantas otras ciudades, San Francisco había crecido mucho, extendiéndose hacia las colinas en una constante sucesión de elegantes barrios residenciales, en donde los afortunados inquilinos contaban con todo el cómodo confort de los últimos adelantos.

Pero los más humildes, los que seguían contando tan sólo como masa anónima de empleados sin relieve y trabajadores no especializados, continuaban habitando aquellos barrios viejos de la ciudad asomada a la gran bahía californiana.

Patrick Wyler llegó a su cuartucho alquilado y se libró de la raída chaqueta, dispuesto a darse una buena ducha. Casi cuando estaba desnudo pareció arrepentirse y se sentó, para pasar los dedos sobre la piel del cuello y su velludo tórax, recordando los besos y las caricias de la mujer.

—¡Lástima! —musitó.

Siguió evocando las últimas y deliciosas horas pasadas junto a Jeanne Baker, después de muchísimo tiempo de no haberla tenido en sus brazos.

Por lo visto, sus largos viajes a los planetas y a las diversas estaciones espaciales no habían servido para nada: continuaba amando a aquella mujer con la misma intensidad, con la misma loca pasión.

Con idéntica locura.

Estaba visto que jamás podría olvidarla.

Le quedaba el consuelo de que ella también se había mostrado lo mismo de cariñosa con él. Durante unas horas, los dos habían vuelto a vivir aquel sueño de amor que no pudo convertirse en realidad años atrás, por un sinfín de diferencias, de criterios, de posiciones.

¡Tonterías!

¿O no habían sido tonterías?

Sí: Patrick Wyler era el hijo de una criada que murióˆ harta de trabajar en la regia mansión de los Baker. Ella, Jeanne, la única hija de un hombre poderoso y rico, con grandes influencias en el mundo, se había enamorado de él.

¡Qué tiempos aquéllos!

Las Industrias Baker eran como un símbolo del progreso en todos los rincones de la Tierra. Cien años atrás, los motores atómicos que propulsaron las primeras astronaves que aterrizaron en Marte habían sido construidos en una de las factorías de la familia Baker.

En cierto modo, recapitulando todo aquello, Jeanne tenía cierta razón: ella no debía descender hacia él, sino al revés.

Ascender él hacia ella.

Sólo que aquello representaba algo que Pat no quería hacer.

—¡No! ¡Jamás lo haré! —protestó en voz alta en su soledad.

Al formular la negación, de nuevo sintió un agudo dolor en la cabeza. Las manos del hombre derrotado ascendieron hacia su frente y los fuertes dedos quedaron crispados entre los cabellos castaños.

El dolor persistía, lacerándole, como si una barra de hierro al rojo punzase en su cerebro, deseando taladrarle. ¡Partir en dos su masa cerebral!

—¡Basta! —gritó—. ¡Basta ya!

En su angustia, cayó desde donde estaba sentado y se revolcó en el suelo de la habitación desordenada, llena de muebles viejos medio desvencijados bajo el peso de piezas extrañas que a cualquier especialista entendido en televisión le habría costado trabajo identificar.

Patrick Wyler ya estaba acostumbrado a sufrir aquellas crisis. Siempre las había ocultado, aunque en la estación espacial de Ceres la bonita doctora Carol Sorel estuvo a punto de descubrir los motivos.

Afortunadamente nada le dijo, aunque los resultados de aquello bien los había sufrido.

No obstante, Patrick Wyler estaba dispuesto a sufrir todo lo que fuera, antes de claudicar. Sin embargo, aquella noche los dolores no cesaban y llegó un momento en que temió que su cabeza estallaría en mil pedazos.

Dos días y dos noches estuvo así, luchando entre la vida y la muerte. Entre la cordura y la locura. Dejando pasar las horas bajo aquel horrible tormento que le destrozaba, aniquilando poco a poco su voluntad.

Hasta que comprendió claramente que, como le pasó al ingeniero Henry Caine, iba a morir.

Por eso aceptó desde el suelo, cubierto de sudor:

—¡Sea, pero basta! ¡Ganáis! ¡Me rindo!

Nada más doblegar su voluntad, aceptando lo irremisible, el dolor de cabeza empezó a amainar y poco a poco, con lentitud por la debilidad que le invadía, pudo incorporarse hasta quedar sentado. Seguía medio desnudo, con el rostro desencajado por el dolor y la falta de alimentos en aquellos días: no había comido ni bebido nada.

No había sido capaz de moverse de allí.

Sus ideas empezaron a aclararse y la respiración se hizo más acompasada. Una extraña sensación de tranquilidad empezó a invadirle, esforzándose por poner en orden todo lo que debía hacer.

Debía levantarse y ponerse a trabajar, a montar todas aquellas piezas para terminar la confección de una gigantesca pantalla de televisión que, en sus noches de insomnio, como único medio para librarse de los dolores de cabeza, de modo casi inconsciente había ido forjando en aquel aparente que reinaba en la habitación.

Pero de pronto, repentinamente, con toda claridad percibió una voz que le ordenaba dentro de su cabeza:

—No, Pat... Lo primero de todo es recuperar fuerzas.

—¿Cómo...? —protestó con debilidad.

—Me has oído perfectamente, Pat. Debes comer, alimentarte.

La misma voz, como si partiera de las células nerviosas de su cerebro, tras breve pausa se burló:

—Ya sabes que vosotros, los humanos, precisáis hacer eso... ¡Sois tan débiles! ¡Tan poca cosa...! ¡Tan apegados a las cosas materiales!

Medio aturdido aún, reconsiderando si no habría perdido la razón y aquello no era más que un monólogo con él mismo, el hombre osó decir:

—Nosotros, los humanos... ¿Y tú... o «vosotros», quiénes sois?

La «voz», aquella especie de eco que salía de su cerebro y que se hacía oír perfectamente, siguió con tono de burla:

—Lo sabrás a su tiempo. Ahora sométete del todo, Patrick Wyler. ¡No hagas más el imbécil y deja de luchar! ¿Qué conseguirás con ello, que destroce tu cabeza?

—Lo único que quiero conseguir es seguir siendo «Yo». ¡Patrick

Wyler! Y no consentir que fuerzas extrañas manden en mí... ¡En mi voluntad!

—¡Qué majadería! Los humanos siempre estáis sometidos a una u otra voluntad.

¿Tan poco conoces a tu mundo, que no has considerado eso? Nómbrame un hombre libre... ¡Libre del todo, se entiende!

—Yo... no sé...

—Claro que no puedes hacerlo! En primer lugar, en vuestra podrida sociedad los unos dependéis de los otros. Desde vuestra cuna es así. Cada uno depende de la voluntad de sus padres, de la de sus hermanos, de la de sus familiares, aminas, amigas, esposa, marido... Y así hasta el fin, Pat.

Casi aterrado, medio desfallecido, el hombre continuaba sentado sobre el suelo, empapado en sudor. Tan aturdido se encontraba que osó preguntar:

—¿Qué me pasa, por favor? ¿Es que hablo conmigo mismo?

—No, Pat... ¡Hablas conmigo!

—¿Pero tú... tú quién diablos eres?

—Te he dicho que lo sabrás a su tiempo. Ahora, obedece y báñate. Luego come, recupera fuerzas... ¡Tienes que trabajar mucho!

Con los últimos restos de su voluntad, la criatura humana aun osó protestar:

—¿Y si no lo hago? ¿Y si me sigo negando? Yo no quiero que nadie mande en mí y...

—¡Aayyy!

El agudo alarido de dolor debió llegar hasta la calle. Una punzada horrible atravesó como un relámpago el cerebro del hombre, sintiendo que su cabeza era traspasada como por una corriente eléctrica de alto voltaje.

Patrick Wyler volvió a permanecer, durante horas, postrado sobre el duro suelo de aquella habitación. Sumido medio inconsciente en aquel largo letargo en el que, si no era capaz de razonar lúcidamente, sí percibía que una nueva rebeldía le aniquilaría por completo.

La «voz», el sonido que claramente percibía en su masa encefálica, nuevamente se dejó oír al amenazar:

—¿Lo ves, Pat? Todo es inútil. He tardado tiempo en entrar en ti, en ir poco a poco dominándote, pero ya... ¡Debes obedecerme,

estúpido!

Y al fin, pensando que aquél era su destino, Patrick Wyler se rindió…

CAPITULO VII

Fue una semana de febril actividad, en la que sus manos trabajaron como consumido por la fiebre de terminar su tarea.

Claramente, de una forma precisa, no acertaba a comprender lo que salía de aquellas piezas que iba ensamblando, soldando y aplicando a la caja de aquel extraño aparato de televisión, en cuyo montaje empleaba nuevas técnicas jamás ensayadas ni aprendidas.

Por ejemplo, la pantalla era doble y mucho más grande que en los aparatos normales para uso casero. Los rayos catódicos se curvaban en múltiples conexiones con la caja que contenía las células fotoeléctricas, que a su vez se bifurcaban en otras conexiones hacia el panel de los mandos. Un canal que Patrick no podía explicarse para qué diablos podía servir, quedó conectado en la intersección de las dos pantallas, convexa la de arriba, cóncava la de abajo.

El conjunto de aquel aparato de televisión parecía normal, mirándolo de frente. Pero cuando su vista escudriñaba en los mil hilos y conductores de los circuitos de la parte trasera incrustada en la caja que servía de mueble, la imaginación de un técnico como él se perdía incapaz de analizar.

Y. sin embargo, fueron siete días de febril actividad, apenas descansando para tomar unos bocados, dormir un poco y volver a trabajar.

Casualmente, con las manos doloridas y los dedos llenos de grasa, una de las veces que Patrick Wyler detuvo la tarea perplejo, llevó los dedos hacia su barbilla y al contacto que percibió la barba le había crecido. Aquello fue lo que le dio la noción del tiempo que llevaba metido allí y en voz alta exclamó:

—Decididamente... ¡estoy loco!

Un leve zumbido en el fondo de su cerebro, pero que a su vez no resultaba doloroso aquella vez, pareció que despertaba a la «voz» que dormía dentro de su cabeza, obligándole a oír:

—No, Pat, no estás loco... Me has obedecido como un buen chico y ahí tienes el resultado. ¡Tu mejor trabajo!

No había podido acostumbrarse a sentir, dentro de su propio cerebro, aquella voz extraña. La sentía como algo totalmente ajeno a él: como si no partiera de sus neuronas cerebrales, sino de «alguien» que le hablaba metido allí.

Incrustado, por alguna extraña razón, en sus sesos.

—Sí, Pat... Te has portado bien, por ahora...

—¿Qué quieres decir con eso de «por ahora»? —quiso averiguar.

—Que por ahora, y siempre que hagas lo que digo, no te volverás loco. Pero... ¡ay de ti, si tienes nuevas vacilaciones! Caerías fulminado instantáneamente. ¡Como el Búho!

Patrick Wyler casi giró en redondo sobre sí mismo, como si con aquello pudiera descubrir al que le hablaba. Era absurdo hacerlo, puesto que la «voz» partía desde dentro de él, en su cabeza, haciendo a la circunvalación de las células nerviosas de su cerebro entrar en actividad.

Pero aunque no vio a nadie quiso saber, alarmado:

—¿Qué sabes tú de Henry Caine? ¿Quién te dijo que entre nosotros le llamábamos el Búho?

—Tú mismo... Yo estoy dentro de ti, Pat.

—¿Den... dentro de mí?

—Sí... ¡En tu pensamiento! ¡En tu cerebro!

—¡Noooooo...!

—Sí, Pat, sí... ¿Cuándo querrás convencerte de una vez? Llevas luchando mucho tiempo, intentando pelear conmigo. —¡No! ¡Niego una cosa así!

—Eso es poquedad del Hombre. ¿Tú no has oído que hay ciertos parásitos que pueden vivir dentro de vosotros, por ejemplo, entre la piel y la carne?

—Sí, pero...

—Más adelante te aclararé esto. ¡Ahora sigue trabajando! Ya falta poco.

—¡Un momento...! Si tan poderoso eres, si por alguna extraña razón que no alcanzo a comprender has entrado dentro de mí, en mi

cerebro para mandarme, para ordenarme y convertirme en tu esclavo…

—Sí, Pat… ¡Sigue!

—¿Por qué me necesitas?

—¡Buena pregunta! Se nota que eres inteligente, Pat. Pero has de saber que sólo necesitamos tus manos materiales.

Tu fuerza, tu perfección como buen técnico especialista en televisión. ¡Por eso te hemos elegido!

—¿Has dicho «hemos»?

—Sí, Pat… Yo tengo… digamos otros hermanos. Seres como yo.

—¿Y dónde estáis? ¿Dónde vivís? ¿Qué pretendéis?

—¡Jo, jo, jo!

La burlona carcajada sonó claramente dentro de la masa gris del hombre, repercutiendo en sus oídos. Haciéndole irritarse con él mismo por no poder eliminar aquella voz, pero dijo:

—¿Te burlas?

—Me diviertes, Pat… Sólo eso. ¡Sigue!

El hombre volvió a recordar, nuevamente sus manos sobre el rostro barbudo:

—Debo asearme un poco… Estoy hecho un cerdo, con esta barba y…

—¡Sigue, Pat! Ya te asearás luego. Te he dicho que falta poco.

—Poco…

¿para qué? ¿Para terminar ese endemoniado —«chisme» que no hay quién lo entienda? No sé cómo he podido montarlo. Todo eso no tiene sentido. Según nuestras técnicas…

—Vuestras técnicas, Pat —le interrumpió la «voz»—. Pero nosotros necesitamos algo más… ¡más perfeccionado! ¡Algo mejor!

—Antes de seguir, dime una cosa, por favor… ¿Tú asesinaste a Henry Caine? La respuesta repercutió en su cerebro como un desafío:

—¡Sí!… Mejor dicho, uno de los míos se encargó. Y al instante, más acusadora la «voz»:

—¡Y tú lo sabías!

—¿Yoooo…?

—¿Es que no recuerdas, querido Pat? Te lo transmití yo y, de una forma casi inconsciente, tú lo adivinaste. Dejaste helados a tus amigos al comentar que el cerdo de vuestro jefe moriría pronto.

¡Haz memoria!

—Sí, sí... ¡Lo supe! Pero tú lo has dicho, de una forma inconsciente. ¡No fija!

—¿Acaso habrías impedido la muerte de aquel hombre que tanto te odiaba por envidia?

—No sé... Creo que sí. ¡No soy ningún asesino!

—Cierto, Pat. ¡Eres un buen tipo! Por eso vas a seguir trabajando.

—¡Lo haré! Pero no alcanzo a comprender por qué me ordenas que monte ese aparato. ¡No va a servir para nada!

—Ya verás cómo sí.

—Desde luego, para retransmitir no. No sé a qué canal de televisión podré conectarlo para ver un programa.

—Verás algo mucho mejor que eso, Pat.

—¿El qué?

La «voz», reposando en silencio en el cerebro del hombre, durante más de un minuto dilató la angustia de la respuesta, antes de afirmar:

—Me verás a mí... ¡A mí, Pat!

—¡Diablos...! ¿A... ti, dices?

—Sí, Pat... ¡Trabaja! ¡Trabaja! ¡Trabaja!

Y la orden, cada vez más apremiante, siguió brotando en el cerebro del nombre sin cesar.

Sin tregua.

* * *

En los últimos meses, después de haber mendigado trabajo por todos los sitios y caer en aquella horrible miseria, Patrick Wyler se había acostumbrado a prescindir de lo más secundario. Ropa, trajes, buenos zapatos y camisas limpias habían pasado a ser un lujo para él: no había traído mucho dinero de los últimos destinos de los cuales le fueron despidiendo y, poco a poco, como el que cae por una pendiente, todo esto le había hecho apartarse del trato con la gente.

Por eso nadie sabía que estaba instalado en aquel feo cuartucho, como una fiera acosada que huye del contacto con sus semejantes.

En el fondo, ansiaba que todos le olvidaran.

Allí, en aquel barrio extremo nadie le conocía, exceptuando los empleados del supermercado, que ya le habían calificado como el

«tipo alto que no gasta un níquel», normalmente pidiendo fiado. El crédito se le terminó a las dos semanas de no poder pagar la cuenta, viéndose obligado a dar un rodeo para llegar a su cuarto y evitar los gritos de aquellos burlones empleados, que le habían avergonzado más de una vez.

Recordaba que una tarde, al borde de la desesperación, decidió llamar a John Woods, por considerarle en mejor posición económica que Kirk Cronyn y el mismo Burgess Oates, que ya habían conseguido buenos empleos.

La respuesta a su petición aún le dejó más avergonzado: John Woods se excusó diciéndole que no le —podía ayudar. Cierto que su padre tenía un taller de electrónica; pero últimamente había tenido muchos gastos y…

Con Burgess Oates le pasó igual. Y eso que sólo le pidió una miseria, para ir tirando.

Ya no quiso probar suerte con Kirk Cronyn y se encerró más en su concha de solitario, en su propia miseria y desesperación, pero conociendo el sabor amargo de la ingratitud humana y los desengaños.

Y en cuanto a la bonita y sofisticada Jeanne Baker y las otras amistades de ella, ¿es que no le habían mirado siempre como a un don nadie?

Al menos, no les daría la oportunidad de que pasaran las horas comentando que él era un fracasado.

Por eso siguió viviendo allí, como podía, alimentándose de mala manera, sin apenas salir a la calle y trabajando en aquel extraño y dichoso aparato, siguiendo siempre los dictados de la «voz» que había invadido su cerebro.

Hasta que, una noche, todo empezó a cambiar para Patrick Wyler.

CAPITULO VIII

Estaba terminando de conectar los mandos a la pantalla doble cuando inesperadamente, sin necesitar ninguna clase de energía, pilas ni corriente eléctrica, la parte cóncava empezó a iluminarse y una figura borrosa se puso a oscilar.

Patrick quedó paralizado, fijando sus ojos sorprendidos en la borrosa silueta que parecía cada vez más clara. Las oscilaciones de la luz y sombras seguían y la «voz», repercutiendo una vez más en las profundidades del cerebro del hombre, le ordenó tajante:

—¡El mando de la derecha,' Pat! Dale medio cuarto de vuelta.

—¿Eh?

—¡Haz lo que he dicho!

La mano del hombre avanzó hacia el panel de mandos: una serie de botones, palancas y diales que él mismo había colocado allí, sin saber a ciencia cierta para qué podían servir: siempre había trabajado como sumido en una nube espesa, guiado por unas misteriosas instrucciones que llegaban a su mente, dejándose arrastrar en la confección de aquel extraño aparato de televisión.

Ahora hizo igual y, al obedecer, la parte de la pantalla convexa también fue adquiriendo brillo, con oscilaciones de rayas, sombras y luz, hasta que la parte superior de la borrosa imagen se fue completando con la otra.

Era televisión en color y, si sus ojos no le engañaban.. ¡hasta en relieve!

¡Patrick Wyler había conseguido las tres dimensiones!

Medio asustado, se retiró con prontitud, con un movimiento reflejo de miedo y defensa instintiva. Pero sólo lo hizo un paso porque la «voz», sonando claramente en su cerebro, habló:

—¿Qué pasa, Pat? ¿Te asustas?

—No... no... ¿Pe... pero co... cómo es posible que esto funcione?

—Ya lo estás viendo, muchacho. ¡Funciona! Es el magnífico resultado de tu trabajo.

—¿Pe... pero así... sin energía? ¿Sin pilas? ¡Sin nada!

—¿Qué más energía que los poderosos influjos de mi mente?

—¿Tu... tu mente?

—Sí, Pat... Mis influjos han llegado hasta ti. ¡Están dentro de ti! Y ahora puedes hasta verme, amigo. ¡Era cierto!

Aquella «cosa» estaba allí, cada vez más clara la imagen, más definidos sus contornos, más precisa la figura. Figura horrible, capaz de marear...

—¡Quieto, Pat! No recules más... ¡No muerdo!

—Pe... pe... pero es que no... ¡no es posible!

—¡Lo es! Y debes observarme bien.

La doble pantalla cóncava y convexa dejó al fin de oscilar, haciéndose la luz más intensa, los colores más claros, más nítidos y diferenciados. Y allí apareció una criatura con vida, moviéndose, babeando de gozo y gesticulando, que transmitía su horrible imagen desde alguna parte remota del Universo...

Patrick Wyler tuvo que esforzarse para mantener los ojos abiertos, empeñado en contemplar la estrafalaria visión que tenía ante él, reflejándose en la doble pantalla que él mismo había construido y montado. Era absurdo no dar crédito a sus ojos. Y, además, ahora la «voz» también estaba allí.

¡Y le hablaba!

O, al menos, cuando la «voz» volvía a repercutir en la cavidad de su cerebro, parecía que sus movimientos se acompasaban con las palabras que Patrick oía.

Aquella criatura viviente era, realmente, espeluznante.

Tenía la cabeza de rana, con ojos tan saltones que daban la desagradable impresión de que iban a salir de sus órbitas, fuera de la pantalla. A veces, beatíficamente, los cerraba cubriéndolos con una piel rugosa, gelatinosa, que dejaba resbalar un líquido viscoso que descendía por aquella monstruosa cara azul-verdosa, hasta unirse al constante babear de unos belfos abultados que se dilataban o contraían, mostrando el intenso color rojo de la piel mucosa del interior de aquella boca, donde garfios retorcidos intensamente blancos debían hacer las veces de dientes, colmillos y muelas.

Tras lo que podía tomarse como barbilla huidiza, una sotabarba abultada y fofa como la de un sapo descendía hasta el cuello, corto y robusto, también de piel arrugada, donde multitud de pliegues parecían anillos o collares, con fondo escamoso que se extendía hacia los hombros estrechos, casi de configuración humana, terminados en dos extremidades cortas, mitad brazos, mitad patas de sapo, que sólo poseían tres dedos casi unidos entre sí por una piel fina, como la de los patos.

Tres dedos con uñas largas, afiladas y curvadas, que no dejaban de moverse abriéndose y cerrando, como la pata de un ave de rapiña que se dispone a tomar su presa.

En aquel ser, predominaba el color verde en sus distintas tonalidades, más fuerte en el centro de la cabeza coronada en cresta roja, como de gallo, que también se doblaba y caía lacia, fofa, hacia el lado derecho. Sin embargo, la parte frontal de aquel cuerpo escamoso brillante, tiraba a gris claro en la parte del cuello bajo y descendiendo casi parecía blanco: todo ello reluciente por las constantes secreciones de ojos y boca que le mojaba y le envolvía en una especie de vaho, como si el interior de aquella horrible criatura gozase de una temperatura muy superior al exterior donde se encontraba.

Al contemplar todo aquello, incapaz de dominarse, Patrick sufrió una molesta arcada, que empezó en las profundidades de su estómago revuelto, para ascender y convulsionándole terminar en vómitos.

Pero tuvo que olvidar el asco que sentía, al ver aquellos ojos saltones que se clavaban en él con destellos furiosos y metálicos, moviendo sus babeantes belfos al decir:

—¿Qué pasa, Pat? ¿Tan horrible me encuentras? ¿No te gusto?

En aquellos días, el hombre había aprendido la lección. Sabía, positivamente, que aquella «voz» le dominaba. Podía ordenar que una dolorosa descarga cruzase su cerebro como un relámpago, hasta sumirle en la angustia de la inconsciencia por el martirio. Por eso intentó mentir rehuyendo la pregunta:

—No... No es eso. Pero...

—¡No mientas, Pat! Nunca lograrás engañarme. No olvides nunca que estoy en ti, incrustado en tus neuronas, en tus células cerebrales, en tus circuitos nerviosos. ¡En la parte más noble y

superior de tu ser!

La voz hizo una pausa, siempre coincidiendo su sonido en la pantalla con los movimientos de la monstruosa imagen que tenía ante él, en aquel aparato de televisión estrafalario.

—De acuerdo —aceptó el hombre—. Sabrás entonces que nosotros, los humanos, tenemos unos conceptos determinados sobre la belleza o la fealdad, y que tú... tú...

—Todo eso es muy relativo, Pat. ¡No vale!

—¿Cómo que no vale?

—Lo que es bello para vosotros, puede resultar horrible para otros mundos.

—¿Otros mundos? ¿Acaso tú... criaturas como tú, pertenecéis a... a...?

—Pertenecemos a la constelación de Escorpión, Pat... ¿Qué tal estás de astronomía?

—Bien... Vamos, creo que bien.

—Sabrás entonces que Escorpión es una de las constelaciones zodiacales, que decís vosotros.

—Sí, claro... Lo mismo que las constelaciones del Carnero, la del Toro, los Gemelos, Cangrejo, León, Virgo, Sagitario y Capricornio.

—Te olvidas de Balanza, Acuario y Piscis.

—Perdona... Es que estoy... ¡estoy confundido! Jamás creí que allí pudiera existir vida.

—Porque la raza humana es muy soberbia. ¡Siempre se han creído los reyes de la creación! ¿Ignoráis que el Universo es inmenso, podríamos decir casi infinito?

—No, pero...

—Bien, Pat: volvamos a lo nuestro. ¡Ya me has conocido! —Sí, claro... Lo prometiste.

—¡Así fue, Pat! ¿Qué te parezco?

El hombre fue a mentir, pero tuvo tiempo para ocultar lo que pasó por su mente de forma fugaz. No obstante, el castigo llegó al instante en forma de una terrible sacudida que le lanzó al suelo, retorciéndose de dolor con ambas manos crispadas en la frente.

Así tuvo que permanecer durante varios minutos, incapaz de articular palabra ante aquel martirio lacerante. Hasta que poco a poco el dolor del cerebro fue cesando y, aún tendido, revolviéndose hacia la horrible imagen reflejada en la doble pantalla, bramó ciego

de ira y diciendo la verdad:

—¡Horrible! ¡Me pareces monstruoso! ¡Una criatura babosa!

Temió el nuevo castigo por los insultos, pero extrañamente no llegó. Patrick abrió desmesuradamente los ojos dilatando las pupilas, al observar en la pantalla aquella cara de sapo que se agitaba por la risa, convulsionando su papada y sotabarba por el regocijo que gorjeaba en su garganta. Y la voz se hizo audible al celebrar:

—¡Jo, jo, jo! ¡Qué divertido!

—¿Te divierte martirizarme?

—No… Pero me gusta que digas la verdad, lo que sientes. No me mientas nunca, Pat.

Primero, porque no lo conseguirás, segundo porque…

—¿No… no te has ofendido?

—¿Por qué? Antes hemos quedado que los conceptos sobre la belleza o la fealdad son relativos… ¡Como todo!

—¡Cierto! Hubo un hombre que se llamó Albert Einstein, que ya habló sobre la relatividad de las cosas.

—¡Tipo inteligente! Lástima que sólo habéis seguido lo que os ha convenido de sus famosas teorías.

—¡Un momento…! ¿Tú… vosotros sabéis quién fue Einstein?

—Es una pregunta infantil, Pat. Nosotros podemos entrar en comunicación telepática con todos los cerebros humanos superiores.

—Entonces, el mío…

—¡Lo es! Por eso te elegí.

—Pero si sólo soy… sólo soy un ingeniero que…

—Que fue capaz de crear nuevas técnicas y sistemas de televisión —terminó la frase la «voz»—. Ampliando así el campo de la transmisión por imágenes.

—Sí, pero, últimamente… ¡Fracasaba en todo lo que hacía! f^)

—¡Bobadas! Eso creían los otros hombres. Y además, es que yo ya empezaba a entrar en ti. Ya te enviaba mis efluvios mentales y eso te confundía. He tenido que ir reeducándote, adaptando tus células cerebrales a las mías para que, llegado el momento, pudiéramos comunicarnos como lo hacemos ahora. ¡Ya eres nuestro!

—¿Cómo es posible esto? ¿Pretendes decirme que desde la constelación de Escorpión has podido llegar hasta mí?

—Así es, Pat.

—¡Absurdo! La estrella más cercana a la Tierra está a muchos años-luz de distancia... ¡Calcula tú la constelación de Escorpión!

—Para nosotros no hay distancias, en cuanto a nuestra capacidad mental.

—¡Mentiroso!

En la doble pantalla las horripilantes facciones de aquel, monstruoso rostro se contrajeron con lo que debía ser un gesto de disgusto. La boca empezó a babear más, así como los ojos saltones brillaron al verter con mayor abundancia las secreciones lagrimosas. Por instinto de defensa el hombre volvió a recular un paso atrás, escuchando claramente en su cerebro la repulsa:

—Escucha bien, Pat. Una cosa es que siempre tengas que mostrarte sincero conmigo, y otra que abuses llamándome mentiroso.

—Perdona; pero es que dices cosas que... ¡son increíbles!

—¡Y dale! Volvemos a la relatividad de las cosas. Para ti resultan increíbles. Para todos vosotros, pequeños e insignificantes trocitos de carne parlante, llenos de limitaciones.

—Ahora nos insultas tú.

—¡Os lo merecéis! ¿Sabes que apenas tenéis desarrollada la décima parte de vuestro cerebro? —¿Nosotros?

—Así es, Pat. Sólo muy pocos, los más elegidos, los más selectos por haberlo ejercitado más durante sus inclinaciones, disciplina y trabajo, han llegado a conclusiones que os han ido deslumbrando a través de vuestra corta historia sin relieve.

—No somos tan insignificantes ni torpes.

—Quizá un Pitágoras, un Sócrates o un Platón no lo fueron, como el mismo Aristóteles. O un Buda, un Copérnico, un Galileo o un Newton, o el Einstein del que antes hablamos. Pero... ¿qué me dices del resto? ¡Rebaño de hormigas sin voluntad propia, siempre siguiendo caminos vacilantes y equivocados, llenos de errores e imperfecciones!

—¡Amén!

—Sin burlas, Pat. ¡No lo consiento! —Sólo dije «amén».

—Pero con sorna. No olvides que controlo tus pensamientos.

—Está bien; te pido otra vez perdón.

Como una rana satisfecha cuando acaba de atrapar con su

bocaza la presa deseada, el feo rostro reflejó en la doble pantalla un gesto complaciente y manifestó, plegando los belfos babosos como una vieja:

—Perdonado, Pat.

—Gracias, chico.

—No me llames «chico». No me gusta... Mi nombre es Adonis...

—¿Eh? ¿Dijiste Adonis? —¿Te extraña?

Denegando con la cabeza, el hombre objetó, conocedor de la mitología griega:

—No, no me extraña. Pero busca otro' nombre: Adonis no te va. Ya sabrás que fue un guapo adolescente griego, de maravillosa belleza, por la cual dicen que llegó a ser amante de Venus.

—Es que yo soy bello, Pat. ¡Muy bello!

El hombre abrió por un instante mucho la boca, pero velozmente se dominó para no decir lo que pensaba y aceptar:

—¡Ah, sí, claro! Lo que dijimos sobre la relatividad de las cosas sale otra vez. Tienes razón; te llamaré Adonis. Es posible que ahí, en tu mundo, tu belleza sea realmente arrebatadora.

El zumbido que al instante sintió Patrick en la cabeza, casi no le permitió escuchar:

—¡Sin ironías, Pat! ¿O quieres que...?

—¡Uf! ¡Ay!..., ¡Está bien! De acuerdo... No dije nada.

Tuvo que buscar dónde sentarse, con las dos manos apretadas en las sienes que amenazaban estallar. Y casi de forma inaudible escuchó:

—Acércate y da un cuarto de vuelta al mando de la derecha. Ahora necesitas descansar.

Se levantó para obedecer dócilmente, ya domado, amaestrado; pero objetó el hombre:

—No podré dormir.

—¿Por qué no?

—¿De qué crees que estoy hecho? O estoy loco y veo visiones, o esto que me está pasando a mí es único en el mundo. ¡Jamás nadie ha podido imaginarse una cosa igual!

—¡Vanidoso!

—¿Cómo...?

—Sí, hombre, sí. ¿Crees que has sido tú el único ser humano que ha entrado en comunicación con nosotros?

—No… no comprendo, Adonis.

—No me extraña: no comprendéis casi nada y con frecuencia os arrastra el orgullo.

¡La podrida vanidad!

—Explícate, por favor.

—Durante siglos y siglos, según vuestra mezquina manera de medir el tiempo, nosotros hemos intentado entrar en comunicación telepática con otros mundos más allá de nuestra dimensión, con vosotros también. Sólo que, muy de tarde en tarde, cada tres, cuatro o cinco siglos, lo hemos podido conseguir. No por nosotros, sino por la falta de capacidad mental de los humanos.

—¡Vaya! Así es que… ¿Quieres decir que con otros…?

—¿Pero quién te crees que iluminó la capacidad mental de Isaac Newton?

—¡Asombroso! ¿Y vosotros le hicisteis descubrir las leyes de la gravitación universal?

—Así fue. Y pudo explicar el fenómeno de las mareas, la descomposición de la luz y calcular la precesión de los equinoccios. Sus principios dieron los fundamentos que vosotros disteis en llamar la «Ciencia Moderna». ¡El cálculo infinitesimal no habría sido posible sin él!

—Es maravilloso enterarme de esas cosas. ¡Sigue!

—Si Guillermo Marconi no hubiera recibido efluvios nuestros, habría sido incapaz de inventar la telegrafía sin hilos, la radio y, por lo tanto, hoy no dispondríais de televisión.

—¿Ese también?

—¡Uf! tantos otros, Pat. El hombre, en sí… ¡no es nada!

Nada objetó Patrick Wyler, pero la demostración palpable de que aquella criatura monstruosa podía leer en su pensamiento quedó firme, al oírle decir:

—Sí… Ya sé que te cuesta trabajo admitir que seres como yo, con esta apariencia exterior que te parece horrible, hayamos influido durante siglos y siglos, de generación en generación, en seres como vosotros. Pero… ¿quién te crees tú que fueron esos hombres geniales, a los que muchas veces habéis glorificado… o condenado a la hoguera? Seres corrientes y normales, a los que nosotros elegimos…

¡eso sí!, por su capacidad mental, por su espíritu de sacrificio y

trabajo, para que fueran vuestras civilizaciones cada vez acercándose más al punto culminante deseado.

—¡Un momento! ¿Debo deducir de eso que sois nuestros benefactores?

—¿Por qué no, Pat?

—No sé… La verdad, Adonis… Me has dicho que no debo intentar engañarte nunca.

Por eso te dije… ¡Me cuesta trabajo admitirlo!

Con cierto desprecio en el tono, la voz exclamó:

—¡Muy humano! Eso le pasó a Galileo, al que tomaron por loco en su tiempo, cuando quiso borrar el error de que era la Tierra la que se movía en torno al Sol. Vuestra historia está plagada de esos errores. ¿A cuántos genios habéis sacrificado, simplemente porque se adelantaron a su tiempo, al intentar demostrar que las cosas no eran así, sino, de otra manera más lógica?

Hubo un momento en el que Patrick Wyler volvió a sentir dolor de cabeza. Pero no porque aquel extraño ser extraterrestre le enviase como castigo la descarga de sus efluvios mentales, sino porque todo aquello escapaba a su comprensión y el esfuerzo que tenía que hacer para seguirlo le fatigaba.

También adivinó esto de forma misteriosa y le pidió:

—Descansa: ya hablaremos mañana. Da la vuelta al mando y…

—Sí… ¡Lo necesito!

Minutos después, cuando ya sobre el camastro el hombre estaba medio dormido, desde las profundidades de su cerebro pudo oír un siseo que le deseaba:

—Buenas noches, Pat… ¡Descansa! ¡Descansa! ¡Descansa…!

—Buenas noches, Adonis… Y, por favor, mándame el sueño… ¡o haz de una vez que mi cabeza reviente!

CAPITULO IX

Contra todo pronóstico, Patrick durmió toda la noche de un tirón.

Se levantó fresco como una rosa, aunque con un cosquilleo en el estómago. Tenía hambre.

Pero lo que no tenía eran víveres. Las pocas conservas que había podido comprar días atrás, ya las había consumido. No le quedaba nada y lo peor era que tampoco disponía de dinero.

Ni nada que pudiera malvender.

En cierta forma, aquélla era una situación más chocante que trágica., Allí estaba él, Patrick Wyler, conocedor de un inmenso secreto que habría maravillado al mundo entero, pero sin un mal panecillo que llevarse a la boca.

En su deambular nervioso por el cuartucho, su vista tropezó con el extraño aparato de televisión que con sus propias manos había montado. Recordaba perfectamente cada una de las palabras cruzadas con el ser monstruoso que; como por arte de magia, había aparecido en aquella doble pantalla, y sintió ganas de dar nuevamente vuelta al botón de mando, para dialogar otra vez con él.

Ya no le asustaba..

En las últimas palabras cruzadas, ¿no le había dicho que ellos eran como benefactores de la humanidad?

¿Le habrían elegido aquellos seres extraterrestres para convertirle a él en un elegido, en un nuevo Copérnico, un nuevo Newton, un Galileo o un Einstein?

Al pensar en todo esto, sin poder evitarlo, Patrick sintió una sensación muy rara.

Era como sentirse un ser único y poderoso.

Singular.

Fuera de las cuatro míseras paredes de aquella habitación, todo el mundo le consideraba un fracasado, un vencido. Un pordiosero que se había rendido en la diaria batalla por la vida.

Y sin embargo…

Olvidó el hambre que su estómago vacío acusaba y se sentó satisfecho. Posiblemente, aquélla era la dura prueba por la que tenía que pasar. Mucho antes que él, la historia hablaba de una larga pléyade de elegidos que también pasaron hambre, necesidades, tormentos, incomprensiones y verdaderos infiernos, que al final superaron.

Todo era como un sueño: como una pesadilla.

La mano derecha de Patrick fue alzándose poco a poco, acercándose a los mandos del televisor, casi con respeto religioso.

Era como si con aquel simple gesto, con darle nada más un cuarto de vuelta a aquel botón, pudiera entrar en contacto con extrañas potencias súper terrestres, que le comunicarían a él sus secretos de siglos.

Se decidió y accionó el mando.

La doble pantalla cóncava y convexa empezó nuevamente a oscilar. Puntos de luz, rayas, sombras y relampagueos que al final volvieron a concretarse en la horrible visión, que parecía estar esperándole. Siempre fija en aquella pantalla que él había construido.

Aunque la había construido como un dócil siervo.

El hombre sonrió plegando los labios, en respuesta a la fea mueca del sapo medio humano que nuevamente le miraba con sus ojos saltones, plegando la película de sus párpados con lentitud, como si saliera de un profundo sueño.

—Hola, Adonis… Buenos días.

—¿Qué tal, Pat? ¿Descansaste bien?

Aquella vez Patrick se dio cabal cuenta de que la voz no procedía del televisor. El era un excelente técnico y no recordaba haber puesto entre aquellos mecanismos nada que se pareciera a un altavoz. Nada que pudiera producir sonido.

—Sí, Adonis… He dormido bien. Sólo… sólo siento un poco de hambre. ¡Hace muchas horas que no he comido nada!

—Debes perdonarme Pat. Entretenido en otras cosas más

importantes, me olvidé que vosotros debéis comer.

—¿Tú nunca comes? ¿No precisáis alimentos?

—No… Generamos nuestra propia energía. ¡Y así hasta el infinito!

—¡Diablos! ¿Sois inmortales?

—Te diré, Pat… Para la medida humana, sí.

—¡Qué suerte!

—No lo creas, al menos para tu mundo. Piensa bien, profundamente bien y dime quién de vosotros —a no ser un I loco — aceptaría la inmortalidad en la Tierra, si se la ofrecieran.

—No sé, yo… yo…

—Sería un suplicio, hombre.

—Quizá tengas razón.

—¡La tengo! Pero no divaguemos y vamos a lo que importa. ¡Hoy comerás lo que quieras! Tendrás de todo… ¡Podrás poseerlo todo!

—¿Ah, sí?… ¿Cómo?

Nuevamente le adivinó lo que pensaba, puesto que exclamó:

—Pero un momento, Pat. No creas que esto nuestro es un nuevo pacto entre Fausto y Mefistófeles. No, no.

—Me alegro. No te niego que, por un momento, he temido que a cambio tenía que venderte mi alma.

—¡Qué tontería! Eso lo creó la portentosa imaginación del alemán Goethe. El pacto conmigo será distinto, Pat.

—¡Habla, Adonis! Sé que no puedo dejar de obedecerte. Así que si haces un pacto conmigo, ya es a mi favor. Sólo pueden pactar los iguales y yo no estoy en condiciones de…

—¡Pat!

Aquella vez, en el sonido de la voz había tonos de reconvención, como si le regañase.

—¿Qué hay, Adonis?

—Nada de falsos halagos. Ante todo, soy eminentemente práctico.

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué deseáis en la constelación de Escorpión de Patrick Wyler? ¡Tú mandas!

La respuesta tardó en llegar. En la pantalla, la horrible imagen parecía acariciarse las manos de uñas largas y curvas, como el que adopta una actitud placentera y, a la par, sumisa, al decir al fin,

entornando los párpados que cubrían los ojos saltones:

—Poca cosa, Pat... Nada que no seas capaz de hacer, amigo mío. Ya viste qué bien seguiste mis instrucciones. Construiste al fin este aparato... e irás construyendo algunos más igual... ¿Verdad, Pat?

—¿No te molesta que te pregunte para qué?

—Pues... Bueno, Pat, para que puedas conocer a otros igual que yo. Para que tu contacto con nosotros sea más completo. ¿No te agrada la idea? Noto en tu cerebro un asomo de duda... ¡Yo diría que de miedo!

—¡Oh, no, Adonis! Simplemente que...

—Ya sé, Pat; todos los trabajos deben pagarse, ¿no es eso?

—Sí.

—Pues yo lo haré con largueza.

—¿Proporcionándome todo lo que desee, como dijiste antes?

—Yo, desde aquí, nada puedo facilitarte. Sólo puedo enviarte mis efluvios mentales.

¡Pero con ellos llegarás a convertirte en el hombre más poderoso de la Tierra!

—¿De veras?

—Sí, Pat.

—¿Vas a convertirme en un elegido, en un hombre que se hará famoso por su sabiduría, por descubrir algo portentoso?

—Te daré algo mejor.

—¿El qué, Adonis?

—¡El futuro! ¡Te daré el futuro, Pat!

Momentáneamente, el hombre quedó desconcertado. Patrick no alcanzó a comprender todo el significado de aquella promesa e inquirió, repitiendo la palabra como un eco:

—¿El futuro?

—Sí, Pat... Para ti, el mañana será hoy.

—No comprendo.

—Es fácil: desde nuestra dimensión del tiempo y el espacio, alcanzamos a ver el devenir de vuestros acontecimientos. Puedo asegurarte que sé, fijamente, todo lo que minuto a minuto puede ocurrir. Me basta con aplicar mis fuerzas mentales al pasaje de vuestra vida que te pueda interesar, para verlo. Para observarlo como si ya fuese pasado. ¿Comprendes, Pat?

—¡No me digas!

—Así es, amigo.
—Pero eso es… ¡eso es increíble! ¡Maravilloso!
—Para ti sí, Pat. Para nosotros es una cosa corriente y vulgar.
—Un momento, Adonis… Permite que ponga en orden mis ideas… ¿Pretendes decirme que…?
—Eso que piensas, Pat —nuevamente le adivinó.
—¡Vaya, vaya! Jamás creí que una cosa así pudiera suceder.
—Si quieres comprobarlo…
—¡Claro que lo haré! ¡Ja, ja, ja! ¡Es colosal! ¡Único! ¡Como si me dieras las llaves del Universo!
—De vuestra pequeñísima parte del Universo sí, Pat.
—¡No puedo creerlo!
—Haz una prueba.
El hombre reflexionó durante algunos minutos, paseando por la reducida habitación incapaz de contener su excitación. Ya no le molestaba el vacío en el estómago, quizá porque ahora su «hambre» era bien distinta.
Lo que sentía era hambre de poder.
Cuando se detuvo, nuevamente mirando a la fea imagen, lo hizo con gesto retador al proponer:
—Veamos… Dime las cosas más importantes que pasarán mañana en la ciudad.
—Te refieres a San Francisco, ¿verdad?
—Sí, aquí.
—Es sencillo; pero debes concretar más. Te he dicho que debo fijar mi mente en el acontecimiento que más te interese conocer. En este caso, en el que más te importe a ti.
—Pues… pues…
Tuvo necesidad de nuevos paseos, antes de pedir:
—Quisiera saber qué hará mañana una mujer que se llama Jeanne Baker. La voz contestó al instante, como si leyera el libro del pasado:
—Se levantará tarde. Comerá en el Luna-Park con un hombre llamado Eli Jackson, rechazará su proposición de matrimonio, pero… a la noche, cuando vuelvan a verse, le aceptará por marido. ¿Es eso lo que te interesa saber, Pat?
—¡Canastos! ¿Estás seguro?
—Totalmente… ¡Lo veo!

—¿Dónde?

—En el pasado.

—¡Mientes! ¡Es futuro! Eso pasará mañana.

—Para ti sí, Pat. ¡Recuerda!

—Bien, perdona...

—¿Algo más?

—¿Qué me dices sobre un tal Kirk Cronyn? Fue amigo mío.

—Lo sé... Mañana sufrirá un accidente.

—¿Dónde? —preguntó vivamente el hombre, con excitación.

—Será sin importancia. Unas magulladuras al caer bajando las escaleras de su casa.

—¡Debo avisarle! Te he dicho que fue buen amigo mío. Los pasos del hombre hacia la puerta quedaron frenados por el terrible trallazo que recibió en mitad de su cerebro, mientras la voz imperiosa ordenaba allí dentro:

—¡Quieto, insensato! ¿Quieres que te tomen por loco? No te dejarían vivir en paz. Si vas por ahí avisando a la gente de todo lo que les pasará al otro día, tu vida se convertirá en un infierno. ¡Hasta te podrían quemar, acusándote de «brujo»!

—Ya no se estila eso. No hay brujos ni hogueras para ellos. Yo debo avisar a...

—Reflexiona, Pat. Nuestro pacto es éste. O lo aceptas o... Las manos en la cabeza, angustiosamente el hombre rogó:

—¡No, basta! ¡Otra vez, no! ¡Estallará mi cerebro!

—Pues obedece.

—¿No podré nunca evitar cualquier catástrofe?

—¡No! ¿Qué te importa a ti lo que ocurra? Estás hundido. ¿Te ayudó alguien?

¿Cuántos te han ofrecido sus manos?

—Pero aun así...

—¡Sin rechistar, Pat! Podrás saber lo que va a pasar en tu mundo, pero sólo lo aplicarás en tu beneficio. ¡Y con el mayor secreto!

—¿Debo obrar así?

—¡Rotundamente! Tendrás que obrar así. Sin vacilaciones, sin preferencias ni debilidades. ¡Y yo te estaré vigilando!

Durante algunos minutos Patrick volvió a pasear por el cuartucho. Su mente se puso a trabajar febrilmente, imaginándole

lo que sería poseer aquel poder, y sin poder utilizarlo nada más que para su beneficio. No tuvo que manifestar en voz alta nada de todo esto, porque la voz habló:

—No pienses más en esas cosas. ¡No tienes ninguna responsabilidad!

—No sé… En conciencia…

—Olvida la conciencia, Pat. ¡Estorba!

—Sí… Creo que tienes razón. Debo pensar sólo en mí. En la bolsa, en las carreras de caballos, en los lujosos casinos con sus ruletas y demás juegos… ¡En mil negocios y especulaciones, en los que podré meter, con todas las ventajas a mi favor, los millones que vaya ganando!

—¡Así me gusta, Pat!

Empezando a transfigurarse en su loco entusiasmo, Patrick quedó plantado ante la doble pantalla del televisor, alzando con aire de triunfo uno de sus brazos con el puño cerrado al exclamar:

—¡Por mí, Adonis! No fallaré una… Lo dicho: ¡me has dado la llave del mundo! Y con ella derribaré todos los obstáculos, abriré todas las puertas y llegaré a la cúspide.

—¡Bravo, Pat! ¿Por dónde empezarás?

—Por las carreras de caballos. ¡Apostaré sobre seguro!

—¡Oh, no! Tienes que picar mucho más alto, hombre.

—Con paciencia llegaré. Pero los primeros dólares allí.

—Tú verás; sólo tendrás que preguntarme a mí. Frotándose las manos, el nombre exclamó:

—¡Buena la voy a formar, con eso de que, para mí, el mañana sea hoy!

CAPITULO X

Patrick Wyler empezó... ¡Y supo hacerlo bien!

Como él mismo había dicho, tenía a su favor todas las ventajas. Era como si, en una partida de póquer, a sus manos llegaran siempre todos los ases de la baraja.

No podía perder nunca.

Sus primeros pasos fueron vacilantes, llenos de astutas precauciones para no levantar ninguna sospecha sobre él. Empezó por poco, para ir remontándose gradualmente, directo hacia la cumbre.

Unas apuestas «afortunadas» en las carreras de caballos; más ganancias en los casinos de Las Vegas, Texas, México, Acapulco, Brasil, y luego el salto a París. De Europa a Australia, a África, y un triunfal retorno con crecidas cuentas corrientes en muchos bancos centrales y no pocas sucursales, que le proporcionaron el trampolín ideal para jugar en la bolsa y entrar en las sustanciosas especulaciones del mundo de los negocios.

Antes de un año, el nombre de Patrick Wyler ya era muy cotizado.

Luego llegó el tiempo de las «audaces inversiones», el ejército de colaboradores que reclutó, y que seguían sus exactas instrucciones con la precisión de una máquina militar que ejecuta los afortunados movimientos, bajo la experta e infalible batuta del general en jefe.

Así, llegó un momento en que a Patrick Wyler se le empezó a llamar en ciertos círculos internacionales el Brujo.

¿Acaso no lo era?

¿Cuándo fallaba aquel mago en los negocios? ¿Cuándo se equivocaba? ¿Cuándo adquiría una fábrica, una propiedad, unas acciones, unas industrias que en poco tiempo no triplicase el capital

que había invertido?

¿Sus triunfos sucesivos se debían a su intuición, al formidable olfato que vanamente muchos intentaban imitar, o bien a los tentáculos de sus numerosos empleados que en todas partes exploraban el terreno para pasarle los informes y que él decidiese?

¿De dónde le venían los avisos sobre lo que debía o no hacer? ¿Por qué muchas veces se precipitaba, con su inagotable talonario de cheques, sobre una factoría que a toda vista amenazaba ruina, para salir al poco a flote y convertirse, de la noche a la mañana, en un negocio floreciente?

¿Por qué ponía en subasta otras que, según los más secretos informes comerciales, poseía una cartera de pedidos envidiable y a todas luces segura? ¿Acaso tenía avisos de que el primer ministro de tal o cual país cancelaría los tratados? ¿Sabía con antelación de los aconteceres políticos que derivarían en el mundo de los negocios?

¿Qué sutiles hilos movía Patrick Wyler para estar al corriente de cuanto ocurría de importante en el más apartado rincón del mundo? ¿Cómo adivinaba los accidentes, poniéndose siempre a salvo?

A no ser que aquel hombre poseyera una varita mágica, no había explicación a todo aquello.

Sí: por eso empezaron a llamarle el Brujo.

Llegó el momento en que la bolsa de muchos países siguió sus dictados. Si las instrucciones de Patrick Wyler eran vender papel de tal o cual sociedad, ellos lo imitaban. Si por el contrario compraba, los ricos magnates se precipitaban a hacer lo mismo... a veces para caer poco más tarde en una mortal trampa que los arruinaba para beneficio del hombre afortunado.

El Brujo sabía mover aquellos hilos muy bien.

Con la elección del personal directivo que debía regir su imperio le pasaba lo mismo. El poderoso señor Wyler jamás se equivocaba en la elección. Siempre nombraba al hombre preciso y destituía al que, pese a su historial de eficiencia, más tarde se demostraba que habría resultado un peligro.

Los más agudos, también empezaron a musitar que Patrick Wyler obraba como si el futuro estuviera en sus manos. Como si la misteriosa palanca del acontecer humano pudiera ser movida por él a su capricho y antojo.

Se le admiraba.

Se le respetaba. Se le adulaba.

¡Y también se le temía!

En cierta ocasión, dejó de asistir a una importante reunión en El Cairo, alegando una excusa que le salvó la vida. Todo el consorcio del uranio mundial salió muy mal parado de aquel banquete, donde unos terroristas pusieron unas cargas explosivas que aniquilaron a medio comité.

Otro día voló en su astronave particular hacia África, para entrevistarse con un hombre de la oposición gubernamental que, veinticuatro horas después, quedaba convertido en el nuevo presidente de la República, y con el que firmó un tratado comercial de suma importancia.

Las repercusiones políticas con los países vecinos de aquella nación también beneficiaron al señor Patrick Wyler: negó o hizo que concedieran créditos, como si los venideros acontecimientos en aquellos agitados escenarios desfilaran ante él sobre un tablero de ajedrez y aquel hombre realizase las jugadas precisas.

Hasta fundó una Oficina de Información a escala mundial, donde por crecidas sumas se vendían datos a todo aquel al que pudieran interesarle. El tiempo demostró que la garantía de esta oficina era absoluta y los clientes afluyeron, pese al aumento de las cuotas.

Resultaba imposible saber cómo los agentes bien pagados de Patrick Wyler podían informarle a un negociante dónde sufriría pérdidas o ganancias. Un director de banco despidió a todos sus empleados, acusándoles de recibir sobornos de los agentes secretos de Patrick Wyler, porque salieron a la luz pública «secretos» que nadie podía conocer más que ellos. El escándalo fue mayúsculo, pero la gran estafa bancaria no tuvo lugar.

¿Quién diablos le informaba al multimillonario adivino de todo aquello?

* * *

Un viejo refrán lo dice: «No hay montaña tan alta, que no la pueda subir un asno cargado de oro».

Además de esto, daba la casualidad de que Patrick Wyler no era precisamente ningún asno. Se le volvió a recordar como el excelente ingeniero electrónico, que supo ampliar y perfeccionar en su día las retransmisiones por imágenes.

Verdad que ahora no se le podía pedir que se cuidase de tales

cosas. Patrick Wyler ya tenía una jornada de trabajo muy laboriosa y agitada, aunque solía utilizar, según algunas filtraciones de sus empleados, un método muy especial.

En San Francisco, Washington, Londres, París, Roma o en el continente donde se encontrase, siempre tenía dispuesto un regio y monumental despacho, desde el cual dictaba todos los días sus órdenes, que se cumplían hasta en los rincones más apartados del mundo. En unas cintas magnetofónicas grababa todo lo que debían hacer sus ejecutivos y directivos: eran órdenes concretas, escuetas, de pocas palabras, pero que se debían realizar a rajatabla.

Sin discusión, por extrañas y audaces que parecieran. Se hacía así, porque el señor Wyler siempre acertaba. Y porque era el dueño, claro.

Era inútil que los espías industriales rivales le cercaran. Jamás podían averiguar de dónde sacaba las informaciones que hacían marchar, siempre viento en popa y a toda vela, sus múltiples negocios. Casi la mayoría de estos espías eran descubiertos por la fina intuición del propio señor Wyler.. Escalada la montaña del dinero, la influencia y el poder, quedaba la insignificante colina de la política, que gentilmente se inclinó ante el triunfador, ofreciéndole altos cargos y puestos gubernamentales. Jefe de las retransmisiones por imagen dé la Confederación Mundial para la Conquista del Espacio; gobernador general de la floreciente colonia de Marte. Más tarde, supervisor general de todas las colonias terrestres, hasta rechazar el puesto de secretario de Defensa de tos países del bloque Occidental.

El Brujo dijo que no, porque prefería seguir haciendo juegos malabares con sus muchos negocios e industrias, para aumentar cada día su fortuna.

Cuestión de gustos: confesaba que así se divertía más.

Al parecer, su única inclinación particular consistía en seguir naciendo ensayos para el montaje de nuevos aparatos de televisión, que él mismo inventaba en una remota factoría que mandó construir a pocas millas de San Francisco, quizá por aquello de que él había nacido en aquella ciudad que, normalmente, convertía en su cuartel general.

Pero, eso sí: a dichos talleres solamente podía ir él. Jamás nadie le podía acompañar, limitándose a llevar el material en bruto que

más tarde, por puro hobby, el multimillonario se entretenía en montar dentro de la nave misteriosa.

—Recuerdo mis tiempos de ingeniero —solía decir, con jovialidad—. No creo que consiga sacar nada nuevo de allí… ¡Pero me entretengo!

Por lo demás, teniéndolo todo, poseyendo aquel imperio que extendía sus poderosos tentáculos hasta en los planetas colonizados, Patrick Wyler no se dedicaba, a una vida social. Amigos íntimos no se le conocían, pese al numeroso ejército de aprovechados aduladores que se mostraban ansiosos de presumir que lo eran.

De las mujeres que frecuentaba, pocas podían decir que le retenían. Eran como lindos juguetes para él: una sucesión de caras, cuerpos y nombres que no era capaz de recordar.

Patrick Wyler asistía a los mínimos banquetes oficiales, a las mínimas reuniones y representaciones públicas. Poseía sus propios teatros, sus propias salas cinematográficas y sus propias salas de concierto, en donde la mayoría de las veces él era el único espectador.

Como un solitario rey Midas, que rechazaba al mundo.

Escritores famosos empeñados en publicar su biografía, como ejemplo de hombre de negocios, de audaz mago de las finanzas, habían creído escarbar en su pasado y encontrado un nombre de mujer.

Jeanne Baker.

Pero Patrick Wyler rechazaba tajante cualquier comentario sobre aquello, limitándose a responder:

—Corresponde al pasado. ¡Todo aquello está muerto!

—¿Qué me dice de los ingenieros Kirk Cronyn, Burgess Oates y John Woods, señor Wyler? Fueron amigos suyos: estudiaron juntos y formaron un buen equipo, que dio mucho que hablar.

—Sí… Hasta la hora de los fracasos. Entonces… ¡me dejaron todos!

—¿No se relaciona ahora con ellos, señor Wyler?

—No… Cada uno se abrió paso como pudo.

—¡Usted mucho mejor que ellos, señor! —Sí… He tenido un poco de suerte.

—¿Un poco? Usted siempre es un hombre de suerte, señor Wyler.

Era cuando miraba de forma un poco triste y un tanto irónica a los periodistas, o a los pelmazos que intentaban encumbrarse escribiendo sus *Memorias.* Y les solía responder:

—¿De veras creen que soy un hombre de suerte?

—A la vista está, señor Wyler. ¿Qué más puede desear?

—Morir en paz.

—Eso también lo conseguirá, señor.

Con la mirada llena de tristeza el multimillonario admitía:

—Que Dios les oiga.

La hermética máscara del Brujo volvía a caer, recluyéndose en su silencio y partiendo hacia cualquier parte del mundo, para volver a aparecer cuando menos se le esperaba.

Pero, eso sí: siempre oportunamente.

Para volver a dar en la diana. O para evitar cualquier quiebra.

Como un cometa errante, cuya trayectoria y fuerza gravitacional corresponden a los recónditos secretos de las leyes del Universo.

CAPITULO XI

Jeanne Baker no era mujer acostumbrada a tener que soportar desaires ni humillaciones; pero con Patrick Wyler las había tenido que sufrir.

Ya era incapaz de contar las veces que había intentado, de una manera u otra, aproximarse a él. Pat parecía adivina; sus intenciones y, aun las veces que lo intentó dentro de mayor secreto, no consiguió ponerse delante del hombre al que nunca había dejado de amar.

Ni en fiestas, banquetes, reuniones ni en ningún local público, Jeanne Baker había podido presentarse en el momento en que estuviera él. Como si su secreto ejército de espías le avisaran, Pat desaparecía antes de que ella llegase para forzar la reconciliación.

A sus cartas tampoco había respondido jamás; las llamadas directas hacia él nunca se podían conseguir.

Ahora Patrick Wyler se había convertido en un hombre muy importante.

¡Y ella que le había llamado «fracasado»...!

De cualquier manera, Jeanne se decía que tenía que sostener una entrevista con él. Y ahora, más que por ella misma, por su padre.

La. sorda venganza de Patrick Wyler había llegado hasta el antes multimillonario Johnatan Baker, sin duda no dudando en gastar grandes sumas para abocarle a una ruina que era más que inminente.

Por supuesto, aquella lucha se había llevado entre bastidores. No había existido ni una sola violencia, ni la más leve amenaza. La batalla se había librado en el campo de las finanzas, donde los golpes y las heridas las causan la pérdida de millones, la despiadada

competencia, el adelantarse en las decisiones y en el conocer los planes comerciales del enemigo a batir.

Y las victorias, una vez más, habían sido para el «afortunado» Patrick Wyler.

El antiguo criado que de niño le había tenido que lustrar los zapatos al poderoso Johnatan Baker, con el tiempo, le había «limpiado» los millones al ir minándole el terreno por medio de compañías filiales adictas a su mando, que terminaron por socavar el imperio de la familia Baker.

Cuando se quisieron dar cuenta, tras una astuta transacción comercial, prácticamente todo pertenecía al Brujo.

El viejo Johnatan Baker echó espuma por la boca y maldijo el día que se opuso a que su hija se casara con el joven ingeniero que, con el tiempo, se estaba convirtiendo en su verdugo.

—¡Es un demonio! —bramaba—. No ha parado hasta llevarme a esta situación. ¡Lo ha hecho por venganza personal!

—Algún día se le terminará la suerte, señor Baker.

—Sí, pero... ¿cuándo?

Jeanne se dijo que ella podría forzar las cosas, aunque tuviese que arrastrarse ante el único hombre que había sido capaz de hacerla plenamente feliz como mujer. Su matrimonio con Eli Jackson resultó un rotundo fracaso, que terminó el día en que su esposo murió en un accidente, cuando viajaba a su encuentro tras una corta separación.

Sobre aquel fatal accidente también se había especulado bastante. Cuando el cadáver del alocado Eli Jackson fue recuperado al borde de una carretera, se le encontró un telegrama que Patrick Wyler le había enviado desde Alaska, en el que le pedía el día anterior que no efectuase el viaje hacia California.

Nunca se había podido aclarar por 'qué, cuándo y cómo Patrick Wyler supo que el esposo de su antigua novia marcharía al encuentro de la que ya era su esposa.

Aquél era uno de los muchos misterios que envolvían al Brujo.

A los chicos de la prensa que nuevamente intentaron escarbar, se limitó a decirles:

—Supe que Eli Jackson emprendería el viaje por un amigo.

—¿Pero es que usted temía que sufriera el accidente, señor Wyler?

—No… No fue por eso… Quería hablar con él para un asunto de negocios. ¡Eso es todo!

No se le pudo sacar más: ni nadie consiguió aclararlo del todo.

Aunque una cosa quedaba bien clara: Patrick Wyler le envió un telegrama a Eli Jackson. De hacerle éste caso, aún viviría…

Por supuesto, Patrick no podía decir que el amigo que le avisó se hacía llamar Adonis y no era un terrícola.

Pero Jeanne logró enterarse de dónde tenía su particular taller el huidizo millonario y sin vacilar se dirigió allí. También se informó de que aquella especie de hangar donde Pat recordaba sus tiempos de ingeniero estaba rodeado por un alto muro, con cuatro vigilantes en la entrada que no permitían pasar a nadie, más que al caprichoso propietario.

Recordando todos sus anteriores fracasos de acercamiento Jeanne tomó sus precauciones y decidió que bien podía escalar los muros, para no recibir otra nueva negativa: Pat habría dejado orden de que no la permitiesen pasar y necesitaba, urgentemente, hablar con él.

Si ello era posible, reconciliarse.

* * *

Jeanne Baker consiguió salvar el primer obstáculo saltando el muro y burlando a los vigilantes, pero se quedó paralizada cuando la alta silueta del propio Patrick Wyler avanzó por el bosquecillo que rodeaba el hangar.

Las cuatro pupilas se taladraron, en vano intento de la mujer para adivinar los más recónditos pensamientos del hombre. La prensa, las revistas y hasta los informativos cinematográficos, más de una vez le habían permitido ver el rostro del ahora famoso multimillonario. Y, sin embargo, al tenerle ante ella le encontró muy cambiado.

Como sí el fuego de aquellas pupilas grises empezase a apagarse.

La primera en hablar fue ella, aunque sólo acertó a musitar quedamente, como si no hubiesen pasado los años y su borrascosa despedida datara sólo del día anterior:

—Hola, Pat.. ¿Cómo estás?

—Ya lo ves, Jeanne… ¡Sabía que vendrías!

—¿Lo sabías…?

—Sí: lo decidiste ayer por la mañana;.

—¡No es posible que lo supieras, Pat! Fue una corazonada y…

—No importa; dejemos eso.

—No quiero dejarlo. Otras muchas veces también lo he intentado y tú… tú…

—También lo sé. Pero esta vez no he querido evitarlo. Ya ves, mujer: he salido a tu encuentro.

—Salté, porque temía que les ordenaras a tus vigilantes que no me dejaran pasar.

—Suelo hacerlo: no quiero que me moleste nadie. ¡Es mi retiro!

El edificio del taller se dibujaba al fondo entre los árboles, y lo señaló la mujer al proponer:

—¿No me invitas a entrar, Pat? Aquí hace frío.

—Lo siento… Nadie puede entrar ahí. Estoy intentando montar una nueva pantalla que, si me sale bien… ¡revolucionará el mercado!

Algo molesta por la negativa, ella indagó:

—¿Qué pasa, Pat? ¿Más millones? ¿No tienes ya bastante?

—Me sobran… Ni aunque viviera un millón de años, podría gastar todo lo que he conseguido.

—¡Lo sé! Incluyendo todo lo que, poco a poco, bajo cuerda, conseguiste ir arrancándole a mi padre.

El hombre quedó tenso, clavando su mirada triste en la mujer al adivinar:

—También sé que vienes por «eso». Pero tendrás que discutirlo con el presidente de la Stel Company y el de la Hundruck Oil.

—Son filiales tuyas, Pat. ¡Simples tapaderas!

—Es posible… Pero no trataré contigo nada sobre el caso. Lo único que te puedo prometer es que no obligaré a tu querido padre a que me limpie las botas.

—Nunca has podido olvidar eso. ¡Eres un resentido!

—Puede…

—Papá siempre te trató bien. Permitió que fueras a la escuela y luego a la universidad.

—Lo primero lo consintió, porque no quería tener un criado analfabeto. Lo segundo… ¡porque no me lo pudo impedir!

—¡No es cierto!

—Hay algo que es cierto, y que tú nunca has sabido, Jeanne.

—¿El qué…?

—Cuando mi madre quedó viuda, tu padre le ofreció el puesto de doncella con ciertas «condiciones». ¿Comprendes? Yo era muy niño, pero pude comprenderlo al verle venir muchas veces a la casita del jardín donde vivíamos los criados. ¡Y a ver a mi madre!

—¡Qué calumnia, Pat!

—¡No lo es! Tu padre también era viudo y no es eso lo más malo. Lo peor, lo incalificable, es que mi pobre madre tuviese que soportarle para no perder su trabajo, sin que él jamás dejase de tratarla como a la última de las criadas. ¡Y ya sabes cómo murió!

Confusa, con la vista baja, la mujer musitó:

—Nunca supe nada. Yo era muy niña.

—De todas formas, eso corresponde al pasado. Lo que importa es el futuro, Jeanne.

¡Tu futuro!

—¿Qué quieres decir?

—Busca un hombre que te quiera por ti misma, sin fijarse si tu padre tiene o no millones. Y tú, quiérele a él por lo que valga, sin otras consideraciones. Sólo así serás feliz.

—¿Y tú, Pat? ¿Por qué te has negado siempre a verme?

—Cuando pertenecías a Eli Jackson, porque era tu marido. Luego... Porque jugaste y perdiste, Jeanne... ¡Aunque yo también perdí!

—¿Dices eso, con todo lo que tienes y conseguiste?

—Te perdí a ti, mujer.

—Aún podríamos...

—No... ¡Demasiado tarde!

—¿Pero por qué, si aún me quieres?

Reinó el silencio hasta que el hombre, tras extender la vista por entre los árboles para clavarla en el edificio del taller, musitó:

—Porque ahora yo tengo mi alma vendida al diablo...

—¿Por qué dices eso? —insistió ella.

—Es muy largo de contar, Jeanne. Y, además, no lo comprenderías.

—¿Qué te pasa, Pat? ¿Te encuentras mal? ¿Sigue doliéndote la cabeza?

—Ya no... ¡Pero ahora me duele el alma!

—Mírame, Pat... ¡Mírame a los ojos!

Ella también le miró fijamente con infinita dulzura y al ver la

leve sonrisa del hombre se animó a acercarse. Las manos femeninas tomaron las del hombre y reclinando la cabeza se las besó tiernamente, prometiendo:

—Creo que aún podemos ofrecernos lo mejor de nuestras vidas, amado Pat. No importa lo que haya pasado, lo tonta que haya sido y lo soberbio que hayas sido tú. La verdad es que nos hemos querido siempre y que debemos luchar por nuestro amor.

¿No te parece?

—Sí, Jeanne.

—¿Me permites que te bese?

—¡Es lo que más he deseado siempre en esta vida!

Los labios se unieron en una dulce caricia, que les arrastró por la fuerza de su amor contenido a que finalizase apasionada.

CAPITULO XII

La orden llegó desde el interior de su cerebro, nada más cerró la puerta del hangar tras él.

—Conecta los mandos, Pat. Has estado tonteando, poniéndote sentimental con esa mujer.

—Lo sé, Adonis. Pero, ¿qué quieres? No olvides que a fin de cuentas soy humano.

—Conecta los mandos. ¡Quiero que me veas!

Patrick obedeció y tras aquel cuarto de vuelta en los paneles del televisor la imagen horrorosa a que ya se había acostumbrado se dibujó en la pantalla con toda su fealdad. El hombre y la criatura extraterrestre se quedaron mirando. Cada uno adivinaba lo que pensaba el otro: Patrick también había llegado con el tiempo a dominar aquella técnica, fortaleciendo su cerebro con aquellos poderosos efluvios que venían del más allá, del gigantesco conglomerado de estrellas que forman la constelación de Escorpión.

—Me defraudas, Pat —reprochó la voz—. Estás pensando...

—Puede, Adonis... Pero no quiero defraudar á los míos.

—¿Los tuyos? No digas bobadas, hombre. ¡Estás solo! El resto de los hombres te envidian, te temen o te odian. ¡Es lo que les ocurre a los poderosos!

—¿Por eso me ayudaste a subir?

—Por eso, para hacerte totalmente nuestro, porque te necesitamos.

—¡Lo sé! No olvides que me enseñaste a penetrar en los secretos del cerebro.

—Así... ¿Desde cuándo conoces la verdad?

—¿Qué importa eso ahora? Pero conozco vuestras intenciones.

—¿Y no las aceptas, Pat? Vuestra raza es caduca, mortal, sin

muchas —posibilidades para el futuro. ¡Nosotros debemos ocupar ese puesto!

—Quedaos en vuestro mundo, Adonis. ¡Este es nuestro planeta!

—Ya es tarde, Pat: he preparado la llegada de los míos. Vendremos por las ondas y por medio de estos mecanismos que tú mismo has construido. Nos encontraremos aquí… ¡Materializados!

—No, Adonis… ¡No saldrás de ahí, de esa pantalla!

—¡Lo haré! Abriré el camino y por el canal selector me seguirán millones de los míos. Ya hemos invadido de esta forma otros mundos, Pat. Antes, mucho antes de que se formase vuestro sistema solar, nosotros no estábamos en la constelación de Escorpión.

—Tendrás que matarme.

—¡Lo haré! Bastará que envíe descargas a tu cerebro. Ya has cumplido y no sirves para nada. Si no hago que ahora mismo caigas fulminado, es porque deseo que veas tu obra. De esta pantalla, detrás de mí y siguiendo mis pasos, los míos se irán extendiendo por vuestro planeta y nos instalaremos aquí. ¡Vuestro sol es una buena estrella!

—Jamás invadiréis la Tierra. En todo caso, será después de mi fin.

—Tener en tus brazos a esa mujer te ha dado ánimos, ¿verdad?

—¡Sí! Jeanne me ha hecho comprender muchas cosas. ¡Hay felicidad en nuestro planeta! —Pero ya no para ti.

—No importa. ¡Lucharé por la de todos ellos!

—No seas niño. ¡Nada puedes contra mí!

Retador, comprendiendo que de un instante a otro podría ser vencido, en su propia desesperación el hombre grito:

—Intenta salir de ahí y lo veremos.

En la pantalla del televisor la monstruosa imagen empezó a ganar relieve, acentuándose sus colores. Las secreciones de sus ojos y boca aumentaron, arrojando el líquido viscoso que hacía más brillante su cuerpo escamoso de medio sapo, medio criatura humana.

Horrorizado, el hombre vio que una de sus extremidades salía ya de la parte cóncava de la pantalla, avanzando la zarpa de tres dedos hacia él, abriendo y cerrando las tres uñas largas y curvas, como buscando adonde aferrarse.

Era inútil ya rehuir la lucha. El dolor agudo de su cabeza iba

aumentando # si no se decidía le vencería sin intentar nada. Por eso el hombre se abalanzó sobre aquel endemoniado aparato que con sus propias manos había construido, dejando caer todo su peso sobre él con la ansiedad de destruirlo por completo.

Al lanzarse sobre la pantalla, el hombre sintió que la criatura monstruosa le abrazaba, sufriendo un escalofrío al sentir el cuerpo escamoso y húmedo pegado al suyo. Pero logró derribar el televisor y, forcejeando desesperadamente, ya casi perdida la noción de lo que hacía, se dispuso a morir.

A morir luchando por la humanidad.

* * *

Más tarde, la prensa hablaría de un accidente sufrido por el multimillonario Patrick Wyler, cuando hacía nuevos experimentos en su taller secreto con un extraño tipo de televisor, sin duda alguna inventado por él.

Patrick Wyler había tenido que ser ingresado en una clínica, sin recuperar el conocimiento y con varias heridas en el cuerpo, que nadie se explicaba cómo se las podía haber causado.

Sin embargo, entre sus papeles pudo encontrarse una carta dirigida a su antiguo amigo Kirk Cronyn, en la que empezaba informándole:

«He sufrido una amarga experiencia, querido Kirk: te lo voy a contar todo para que, sin alarmar a nadie, conociéndolo nada más los que tengan que tomar parte en las medidas a tomar, podáis entre todos estar vigilantes para evitar la extinción de nuestra raza. Puedo contártelo porque estoy bajo el mar, protegido a mucha profundidad de las ondas telepáticas y de los efluvios mentales que Adonis envía a mi cerebro, buceando en él y dirigiéndome desde muy lejos, Kirk...

¡Desde el más allá!

»Pero empezaré por explicarte quién es Adonis y lo comprenderás todo...»

La carta se extendía durante cuartillas y cuartillas y al terminar su lectura Kirk Cronyn estuvo dudando. Todo aquello que le había escrito su amigo parecía pura fantasía: posiblemente la narración de un hombre que durante años había sufrido fuertes dolores de cabeza y que quizá degeneraron en locura.

Sin embargo...

Al fin se decidió y fue a visitar a las autoridades. La discusión en las altas esferas gubernamentales duró horas. Fue preciso que la incredulidad fuera cediendo poco a poco, al recordar los últimos años de la vida de aquel hombre extraño, que, si había llegado a la cumbre, ahora yacía con extrañas heridas en la cama de una clínica.

—Solamente conociendo el futuro, Patrick Wyler pudo triunfar cómo lo hizo y en tan poco tiempo —objetó Kirk Cronyn—. ¡Debemos aceptar su aviso! ¡Todo lo que ha escrito aquí debe ser verdad!

—Por lo que le escribe, esos seres no pueden entrar en comunicación telepática nada más que con los hombres que poseen un cerebro muy desarrollado y fuerte. Si es así, la tarea se reduce bastante.

—Pero debemos estar alerta.

—¡Lo estaremos! Y desde ahora la divisa será, como nos dice en esos papeles Patrick Wyler… «¡Luchar hasta el fin!»

—Todo debe hacerse muy discretamente. ¡No debemos alarmar al mundo! _

—Eso también sería una catástrofe. Levantándose, Kirk Cronyn anunció:

—Voy a la clínica a ver si se recupera mi amigo. Quiero que sea mi mano la primera que encuentre al abrir los ojos.

* * *

Patrick Wyler tardó varias semanas en recuperarse del todo.

Cuando lo hizo, con sus propias palabras corroboró todo lo que le había escrito a Kirk Cronyn, añadiendo simples detalles que no hicieron más que confirmar sus fantásticas experiencias.

Uno de los presentes opinó:

—¡Todo esto es muy grave, porque no estamos seguros de si ya están aquí! ¿Quién puede afirmar que por ahí, suelto, cualquier triunfador al que aplaudimos y alabamos no es un hombre como usted que tiene el poder de conocer el futuro?

—Por mi parte ya no tengo ese poder —negó el hombre hospitalizado—. Al destruir a Adonis, he roto todo contacto con esos seres.

Hizo una pausa y recordó:

—El mismo me confesó que no les resultaba tan fácil establecer los contactos. Sólo cada tres o cuatro siglos, si encontraban un buen

cerebro receptor, podían utilizar sus poderes telepáticos.

—Bien, pero, entonces… ¿Qué pasa con nuestros sabios, con los hombres que llegan con el poder de su mente a conclusiones maravillosas y a descubrimientos portentosos? ¿Son acaso ellos los elegidos que servirán de conducto para que nos invadan?

—Permaneceremos alerta —opinó otro de los presentes—. Desde ahora no sólo habrá que vigilar a los tontos, a los inútiles que para nada sirven, sino también a las inteligencias superiores.

—Tú fuiste uno de sus elegidos —dijo Kirk.

—Cierto —intervino el ministro de Defensa—. Pero su amigo tuvo la gallardía de sublevarse y lanzarse a una lucha que le pudo costar la vida.

—Lo hice en cuanto pude luchar. A lo primero sus efluvios laceraban mi cabeza.

—¿Y ahora cómo te encuentras, Pat?

—Bien del todo, Kirk. Deseando dejar de hablar de todo esto, para que dejen entrar a Jeanne.

—¿Va a casarse con esa mujer, señor Wyler?

—Sí, general.

—¡No le diga nunca nada de todo esto!

—Descuide: no lo haré por la cuenta que nos tiene a los dos. ¡Quiero que mi matrimonio sea muy feliz!

—Se lo merece, señor Wyler. ¡Nunca sabrá la humanidad lo que le debe!

—Mejor así, señor.

Sí; Patrick Wyler se merecía la felicidad, por estar fundada en los beneficios proporcionados a los demás…

FIN